

ISSN: EN TRÁMIT

# grafógrafxs

REVISTA DE LITERATURA DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO



VOL. 4, NÚM. 4 • OCTUBRE-DICIEMBRE 2022



Universidad Autónoma del Estado de México

# TEATRO PANAL

**Todos los sábados  
11 y 12 h**

**Plaza "Adriana Barraza"**  
Calle Valentín Gómez Farías,  
Núm. 610, La Merced.  
Toluca, Estado de México, frente al  
Teatro Universitario "Los Jaguares"

Eventos gratuitos para todo público

**Domingo • 16 h**

**Teatro Universitario de Cámara  
"Esvón Gamaliel"**

Instituto Literario núm. 100, Centro,  
Toluca, Estado de México.  
Edificio Histórico de Rectoría.

Eventos gratuitos para todo público

Arte y  
Cultura  
**Viva**

SDC



ADMINISTRACIÓN  
UNIVERSITARIA  
2021 - 2025

# GRAFÓGRAFXS

## TALLERES DE LITERATURA



**GRAFÓGRAFXS**  
TALLER DE POESÍA

SÁBADOS 11 HORAS  
IMPARTE SERGIO ERNESTO RÍOS  
DESDE EL GRUPO DE FB: GRAFOPOETAS



**TALLER DE NARRATIVA**  
**GRAFÓGRAFXS**

SÁBADOS AL MEDIODÍA  
EN EL CENTRO TOLUQUEÑO  
DE ESCRITORES  
IMPARTE ALONSO GUZMÁN

# TODOS LOS SÁBADOS

SESIONES VIRTUALES & PRESENCIALES

INFORMES EN [GRAFOGRAFXS@UAEMEX.MX](mailto:GRAFOGRAFXS@UAEMEX.MX)

## ¿Cómo publicar en *Grafógrafxs*?

- *Grafógrafxs* es una revista digital de creación literaria de la Universidad Autónoma del Estado de México, cuyo objetivo es publicar textos de poesía, narrativa, ensayo, crónica, traducciones y reseñas para fomentar el interés por la literatura entre los estudiantes de nivel medio superior y superior. La periodicidad de la revista es trimestral. Esta publicación universitaria no tiene carácter lucrativo, por lo que no efectúa remuneraciones ni cobros a sus colaboradores.
- La convocatoria de la revista es permanente. Se recibirán propuestas de publicación de autores de cualquier edad y nacionalidad. Además, se solicitarán colaboraciones a los autores que determine el Comité Editorial o el director de la revista.
- Derivado de donaciones de libros por parte de casas editoriales a *Grafógrafxs*, esta publicación entrega a alumnos de la UAEM un libro a cambio de la elaboración de la reseña respectiva. Estas reseñas se publicarán en la sección “Reseñas” de la revista.
- Tanto las propuestas de publicación como las colaboraciones solicitadas deben enviarse a grafografxs@uaemex.mx en archivo de Word, con letra Arial a 12 puntos e interlínea de 1.5.
- *Grafógrafxs* efectuará una lectura de pertinencia de las propuestas de publicación. Si se determina que la obra será publicada, el equipo editorial de la revista enviará un correo electrónico al autor en un plazo no mayor de 15 días hábiles (contados a partir del acuse de recibo de la propuesta), en el que se adjuntará el instrumento jurídico correspondiente (cesión de derechos); este deberá remitirse a la revista una vez firmado.
- La revista someterá todos los textos por publicar a un proceso de edición y corrección de estilo.
- Las propuestas aceptadas se publicarán conforme al orden de llegada y la disponibilidad de espacio en el número correspondiente.
- Las propuestas de publicación, las reseñas y las colaboraciones solicitadas deben ir acompañadas de una breve ficha de identificación, en la que se especificará lo siguiente: nombre, lugar y fecha de nacimiento, estudios y, en su caso, lugar de trabajo, premios y los tres libros publicados más recientes.

### Ejemplo:

CLAUDIA L. GUTIÉRREZ PIÑA (Toluca, México, 1980). Es Doctora en Literatura Hispánica por El Colegio de México, autora de *Las variaciones de la escritura. Una lectura crítica de El grafógrafo y de la obra de Salvador Elizondo* (2016) y coordinadora de los libros *Salvador Elizondo: ida y vuelta. Estudios críticos* (2016) y *Mujeres mexicanas en la escritura* (2017). En 2013, obtuvo el premio a la mejor tesis de doctorado en el área de Humanidades otorgado por la Academia Mexicana de Ciencias. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores desde 2015.

- En las reseñas se deberá incluir, además, la ficha bibliográfica del libro de referencia, la cual contendrá los siguientes datos: autor, título, ISBN, editorial, fecha de publicación y número de páginas.

### Ejemplo:

Dora Moro,  
*Geodón*,  
ISBN: 9-47-8490-607-978, México  
Ediciones Luzzeta,  
41 .2018 pp.

- La extensión máxima recomendada para las propuestas de publicación y colaboraciones solicitadas es la siguiente: 12 cuartillas en el caso de cuentos, crónicas y ensayos literarios, y dos cuartillas para reseñas. Se aceptará un máximo de cinco poemas por autor.
- Respecto a los ensayos literarios, se sugiere incluir un máximo de cinco fuentes. Las referencias bibliográficas se deben ajustar al estilo de citas Harvard tanto dentro del texto como al final de este.

### Ejemplos:

Dentro del texto:

(Gutiérrez, 2016: 69)

Al final del texto:

Gutiérrez Piña, Claudia Liliana (2016), *Las variaciones de la escritura: una lectura crítica de El grafógrafo y de la obra de Salvador Elizondo*, México, El Colegio de México/Universidad Autónoma del Estado de México.

Rosas Montalvo, Álvaro (2011), “Tres sonetos”, *La Colmena*, núm. 72, pp. 91-92.



Universidad Autónoma del Estado de México

RECTOR

Carlos Eduardo Barrera Díaz

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

SECRETARIO DE DOCENCIA

José Raymundo Marcial Romero

Doctor en Ciencias Computacionales

SECRETARIO DE RECTORÍA

Marco Aurelio Cienfuegos Terrón

Doctor en Ciencias de la Educación

SECRETARIA DE DIFUSIÓN CULTURAL

María de las Mercedes Portilla Luja

Doctora en Humanidades

DIRECTORA GENERAL DE COMUNICACIÓN UNIVERSITARIA

Ginarely Valencia Alcántara

Licenciada en Comunicación

DIRECTOR DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS

Jorge E. Robles Álvarez

Doctor en Administración

*Grafógrafxs*, volumen 4, número 4, octubre-diciembre de 2022, es una publicación trimestral editada por la Universidad Autónoma del Estado de México, Instituto Literario 100 ote., Colonia Centro, Toluca, Estado de México, C.P. 50000, Tel. + 52 722 481 18 00, grafografxs.uaemex.mx, grafografxs@uaemex.mx. Editor responsable: Sergio Ernesto Ríos Martínez, Secretaría de Difusión Cultural, calle Leona Vicario, número 201, Barrio de Santa Clara, Toluca, Estado de México, C.P. 50090. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo núm. 04-2019-060610350100-203, ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación. Se autoriza la reproducción total o parcial del contenido aquí publicado sin fines de lucro, siempre que no se modifique y se cite la fuente completa.

# grafógrafxs

## EQUIPO EDITORIAL

### DIRECTOR

Sergio Ernesto Ríos

### EDITOR

Mauricio Pérez Sánchez

### DISEÑO

Javier Gonzalo Paredes Mendoza

### CORRECCIÓN DE ESTILO

Vania Heredia

### COMITÉ EDITORIAL

Carmen Álvarez Lobato  
Yanko González  
Reynaldo Jiménez  
Josely Vianna Baptista  
Mónica Nepote  
León Plascencia Ñol  
Alberto Chimal  
Cristina Rivera Garza  
Ana Porrúa  
Ángel Ortuño †  
Julián Herbert

### CONSEJO CONSULTIVO

Claudia Gutiérrez Piña  
Maricela Guerrero  
Carlos Maldonado  
Efraín Velasco  
Carlos Vicente Castro  
Luis Eduardo García  
Juana Adcock  
Rodrigo Quijano  
Cristian De Nápoli  
César Panza  
Xitlalitl Rodríguez Mendoza

# CONTENIDO

- |    |   |    |  |
|----|---|----|--|
| 5  | LA LUZ<br>José Luis Zárate  | 53 | WELSERLAND (FRAGMENTOS)<br>Víctor Manuel Pinto |
| 17 | LAS LECCIONES DEL POLVO<br>Mariño González                                  | 58 | DOS POEMAS<br>Montserrat Arias                 |
| 20 | MANIFIESTO SOBRE EL USO DE PANTUFLAS<br>EN LA OFICINA<br>Laura Sofía Rivero | 63 | 6 POEMAS<br>Maria do Rosário Pedreira          |
| 27 | ESQUIRLAS DE MICKEY<br>Daniela L. Guzmán                                    | 69 | DOS POEMAS<br>Cecilia Juárez                   |
| 42 | MEDUSA<br>Laetitia Thollot  | 74 | ALTERED BEAST<br>Cayo Cæctus                   |

**Ilustración en portada:**  
*Karina Pichardo Yáñez*

Colección de poesía *En Marte aparece tu cabeza*

Cuaderno de curarse  
Rosario Loperena

**grafógrafxs** es una revista digital de creación literaria de la Universidad Autónoma del Estado de México, la cual aparece en enero, abril, julio y octubre. Su objetivo es publicar textos de poesía, narrativa, ensayo, crónica, traducciones y reseñas y entender la escritura como un territorio intercambiable entre lectores y escritores. *Grafógrafxs* está dirigida a la comunidad universitaria y al público en general. Esta publicación universitaria tiene el propósito de fomentar el interés por la literatura entre los estudiantes de nivel medio superior y superior, por lo que no tiene carácter lucrativo.

## La luz

José Luis Zárate

### I

Viajábamos sumergidos en el tiempo de Aurora, navegando en medio de sus transmisiones, hechos lanzados al espacio desde años diferentes, en el eco de su historia. El aurorano que habló por primera vez ante un primitivo micrófono no podía haber imaginado que, al otro lado del tiempo, los seres humanos íbamos a escuchar atentamente su simple y fervoroso mensaje sobre un dios tan omnipotente y nebuloso como el que algunos de nosotros pretendíamos olvidar. La humanidad había recorrido toda la galaxia sin encontrar otra raza, otras voces, hasta que llegó a creer que estaba sola y su mente era la única de toda la creación. Y ahora seguíamos esas lejanas voces hacia un distante sistema solar para decirles de nuestra existencia y de nuestro poder.

El Magallanes es una nave de guerra y ninguna de las misiones científicas que van a bordo modifican este hecho. Debemos descubrir quiénes son los auroranos, la lógica que rige sus vidas y las casi incomprensibles transmisiones que lanzan al aire, el porqué están obsesionados por la religión, cómo son en este momento y por qué no han llegado a dominios de la humanidad.

El hiperespacio susurra allá afuera y en su interior moran bestias oscuras y serpientes desconocidas. Es peligroso cruzarlo, más aún permanecer largo tiempo en él..., pero es necesario. Esas

voces lejanas nos llaman; los receptores de la nave recogen todas las transmisiones en nuestro viaje hacia la estrella binaria llamada Aurora: el equivalente de una década de historia por día. Viajábamos en el tiempo, en un espacio ajeno, desde su pasado hasta su presente, testigos de su raza.

\* \* \*

Alser se ha convertido en su portavoz, es quien dice, cada noche, un sucinto resumen de lo que ha pasado en diez años en Aurora. Recuerdo esa vez que llegó pálido y triste y dijo que había guerra entre los mundos de ese sistema. Esa noche sufrió por cadáveres desconocidos. Era como llorar por nuestro pasado: no tiene caso, son hechos que no nos conciernen. Pero todos seguimos paso a paso el rumbo de esa guerra, preguntándonos quiénes eran los Totales y por qué los Otros combatían contra ellos, cuál era la importancia de discutir sobre la mensurabilidad de Dios y el verdadero motivo de esa contienda al parecer sin sentido.

¿Cómo saberlo? Hojeábamos a toda velocidad el libro de su historia y sólo era posible recuperar imágenes dispersas, el rostro de los hechos, leproso y sangriento como lo es siempre. ¿Ellos eran así? ¿Su faz idéntica a su historia? Viajábamos en su tiempo y nunca supimos quiénes eran en realidad.

\* \* \*

*(No hay forma, manera, de describir lo que yo, Alser, siento en este instante. Sé que no comprendo el verdadero ritmo de Aurora, pero tampoco ignoro que, ahora, soy parte de ellos. Su voz es mi ser. ¿Cómo decirlo? Es igual a poner la caracola inmensa de su civilización en mi oído y escuchar el rumor de Dios.)*

\* \* \*

Llevábamos una Biblia, el Corán, las mil religiones de nuestro mundo en un microcircuito, y un oscuro regalo o, más bien, una herejía a su raza religiosa: el concepto de la soledad.

Poco podíamos entender del fragor de las transmisiones, pero algo era seguro: no eran seres humanos, sus empresas no eran iguales a las de los hombres. Podían mover montañas con su fe: todos eran Uno. Su fuerza era la fuerza de la Comunidad. Si estorbaba el Everest a sus propósitos, lo trasladaban piedra a piedra, hombro a hombro, a otro lugar. Alguien dijo que eran termitas, un cerebro y millones de células organizadas. Nuestro capitán soñó con las banderas de los ejércitos ondeando sobre la sangre-mar de nuestro planeta. Son individuos, pero también son Aurora. Todos y Uno.

Nosotros no. Podemos decir que pertenecemos a la humanidad, pero también es cierto que cada uno de nosotros puede escuchar la fría música de las distancias. Antes que nada: yo soy. René Descartes puede ser un ejemplo de los humanos. La soledad es lo contrario de la mítica voz de Dios, es sentirse parte del caos. Es ser nada.

\* \* \*

Hay dos Magallanes, dos grupos diferentes: los religiosos y nosotros. Nuestras fuerzas son iguales y el debate que sostenemos es cíclico y el mismo. Estábamos solos y esa era la prueba contundente para ambos lados: Dios existe, Dios no existe. Ahora hay una raza religiosa al otro lado de la galaxia y es hora de usarla para desequilibrar una balanza milenaria.

\* \* \*

Alser no llegó a cenar. El silencio se hizo en la mesa al entrar el capitán. En su uniforme se veía una mancha de sangre. Era una mano, la silueta de unos dedos agonizantes. Afuera se escuchaba una tormenta inimaginable. En el hiperespacio se cierran todas las ventanas, se ignora el exterior, es mejor no saber qué hay en ese fragor. Era adecuado el marco para las palabras del capitán.

—Las transmisiones han cesado.

El rumor de la tormenta.

—Una de las estrellas del sistema binario de Aurora estalló. Todos los planetas fueron arrasados. Llegaremos en unos días, llegaremos tarde.

No dijo más. De nuevo estamos solos, otra vez las estrellas sólo eran eso. El único comentario pertinente era esa mano roja que gritaba desde el uniforme.

No había ningún presente al cual llegar...

## II

El Magallanes reingresó al espacio normal en el límite del sistema planetario de Aurora.

Mirar esos mundos era contemplar los desechos de un naufragio, la lápida de seis mundos habitados, de una civilización completa.

¿Qué es lo que cada uno de nosotros veía en ese momento? El capitán, seguramente, un campo de batalla, un enemigo menos. ¿Yo? Nada, eso era lo peor de todo, no había más que una sensación lejana de pérdida. No habíamos llegado a tiempo. Mala suerte. Sólo eso.

\* \* \*

Estaba tallado en piedra en uno de los planetas interiores, casi toda la cara oculta al resplandor de la nova cercana cubierta con esas letras gigantescas. Era la primera frase de lo que podía ser el equivalente de su libro religioso. Un terrible comentario cuyo telón de fondo era un sistema arrasado. No creí que fuera una plegaria, una muestra de sumisión, el último vestigio de una religión que no conocíamos.

*NO HAY NADA QUE NO SEA UN ACTO DE DIOS.*

\* \* \*

En el tercer planeta encontramos a la civilización de Aurora. Microcircuitos tallados en piedra, en el interior de una roca, bajo una capa metálica en el fondo de un evaporado mar. Estaban muy dañados, pero en su interior se hallaban todos sus logros técnicos, un sucinto resumen de su historia, su civilización. Bajamos el equipo del Magallanes y nos pusimos a trabajar.

\* \* \*

Esa noche Serve fue a mi camarote. Supe qué quería de mí. Dejé que durmiera a mi lado sin que tuviera que ofrecerme su sexo como pago. No era placer lo que buscaba, sino, simplemente, compañía. Estuvimos abrazados gran parte de la noche, observando la oscuridad. Antes de dormir ella, una niña detrás de sus grandes ojos, susurró:

—¿Crees en fantasmas?

Sabía lo que iba a preguntar a continuación.

—¿Crees en Dios?

¿Qué decirle, que mirara allá afuera, que le echara un vistazo a ese sistema solar? No dije nada. Sólo la apreté contra mi cuerpo.

Sobre nosotros una palabra:

*DIOS.*

\* \* \*

Recorrer el tercer planeta, el que contenía esa ciudad, los campos, el muerto mar, era igual a caminar por el silencio.

\* \* \*

*(Gremiu quiso taparse los ojos. Sus manos temblaban tanto que parecían ya no pertenecerle. Miró la pantalla sintiendo que la realidad se hundía en ese simple resultado matemático. Temió, durante un instante, a las cifras, como si estas fueran un fuego blanco y silencioso que acabaría con él y con su alma?)*

*Tomó de nuevo los papeles, las transcripciones de la ciencia matemática de Aurora. Siguió paso a paso el resultado hasta su última consecuencia, hasta el último decimal.*

*¿Cómo podría decírselo a los demás? ¿Cómo podría decírselo a sí mismo?*

*Era increíble y era cierto. Mi mano recorre por fin la llaga —pensó—. Mi mente en la herida. ¿Su mano se secaría? ¿Como Simón, perdería la voz? No había error posible en los cálculos. Recordó que una zarza en llamas no fue consumida por la Voz. ¿Era él un Mensajero?*

*No, simplemente un matemático, un hombre de ciencia que creyó que los números eran la realidad. No adorarás a los príncipes de este mundo. Él había adorado a lo mensurable y ahora este era el castigo: la revelación.*

*Datos, sólo eso eran: una ecuación, dígitos, números, cifras factibles, hechos reales. Sólo eso. Más que eso.*

*¿Es posible cartografiar el interior del Leviatán? ¿Reducir a pentagramas el sonido de las esferas celestes?*

*¿Cómo decírselo a los demás? ¿Cómo convencerlos de que la operación era real, el resultado lógico?*

*Miró la pregunta inicial, la tradujo a palabras.*

*CALCULAR LA POSIBILIDAD DE LA EXISTENCIA DE DIOS.*

*Miró el resultado.*

*POSITIVA.*

*Dios +)*

\* \* \*

—Repítalo.

—De acuerdo... Según los auroranos no hay libre albedrío. Todo es un acto de Dios y ellos, al ser parte de Su Obra son, al mismo tiempo, parte de Su Acción. Su libro sagrado, al contrario de los nuestros, sólo puede ser interpretado en una forma.

—Hubo una guerra por cuestiones religiosas.

—Hubo cientos. Son parte de la Obra de Dios y eran necesarias según su Libro.

—No entiendo.

—Ellos murieron por esas palabras. Su Dios formaba la historia, ellos eran simples juguetes del destino. Enseñanzas divinas, eso era su Libro. Dios los moldeaba.

—Entiendo. Y bien, ¿cuál es la herejía que lo molesta, sacerdote?

—Todos ellos, hasta el último, se dijeron Hijos de Dios.

—Todos los somos según nuestros Libros, ¿no?

—Lo digo literalmente, capitán, los auroranos se consideraban Hijos de Dios. HIJOS. Mírelo así, su teología, que a todo esto

es, al mismo tiempo: su religión, su ciencia, su política y su arte, dice que eran niños, niños divinos que crecerían... ¡Hijos de Dios que serían Dios al crecer! ¡HEREJÍA!

—Sacerdote... ¿Herejía?... Sólo fue un engaño. Están todos muertos y nosotros sobre sus cenizas.

\* \* \*

Toda esa raza orgullosa se puso en movimiento antes de su muerte. Dadas sus ideas, ¿qué sintieron al saberse condenados? ¿Cuál fue su reacción? Ellos eran Uno. Y ese Uno abandonó los planetas. No podían escapar al desconocer el hiperespacio. ¿Qué hicieron entonces? ¿Por qué se dirigieron al tercer planeta? ¿Por qué faltan lunas? ¿Dónde está todo el metal de esta civilización? Uno que eran miles de millones; Uno en el tercer planeta. Podían mover montañas sin esfuerzo... ¿Cuál fue su última obra? ¿Cuál su último Acto de Dios?

\* \* \*

Serve lo descubrió. El tercer planeta no existía, estábamos en la superficie de la mayor construcción jamás hecha. Ella encontró una de las puertas que conducían al interior, a las entrañas del lugar, por pasillos oscuros que tenían la Palabra de Dios. Una oración de kilómetros de largo, un mural con la fe de seis mundos, de millones de auroranos. Había un silencio terrible en su interior y ella estuvo consciente de estar penetrando en una tumba.

Los muros se habían derrumbado en múltiples lugares, el calor residual interno forzaba los enfriadores del traje espacial de Serve. Nada podría haber sobrevivido ahí, pero Serve no buscaba vida.

Fue ella quien encontró la Luz.

\* \* \*

*(Ellos dicen que estoy muerta, pero se equivocan. Nunca pensé que Usert me llorara. El capitán mira mi electroencefalograma y no le dice nada. No hay actividad en mi cerebro y por eso creen en mi muerte. Tontos. ¿No están mis ojos abiertos? ¿No respiro por mi propia voluntad?)*

*Ellos me han sacado de los pasillos que yo sé son algo más y me han traído al Magallanes, lejos de los Signos que ellos ignoran, sobre los que caminan sin saber su significado. Yo lo sé. Yo lo sé todo, en un instante comprendí la función exacta del tercer planeta. Usert me llora aún, acaricia mi rostro y dice palabras tiernas. Yo lo amo. Puedo amarlo. Sé cómo. Sé dónde. Sé cuándo.*

*No estoy muerta; de quererlo puedo recitar el milésimo nombre de Dios. ¿No es acaso suficiente mi expresión para que sepan que estoy viva, dichosamente viva?*

*Díganme, ¿acaso no puedo hacer milagros?)*

\* \* \*

*(El robot dobló el pasillo. Sus ojos transmitían directamente a los seres humanos del Magallanes. Dentro de un instante estaría ante la Luz. Unos pasos.*

*Mil voces retumbaban en su interior, un fragor desconocido. Ignoraba si podrían escucharlo los humanos, era como sumergirse en las aguas de la vida, en el centro del Universo. A su alrededor, las Presencias. Era imposible cuantificarlas, reducirlas a datos trasmisibles.*

*Y, entonces, estuvo ante la Luz.*

*No gritó. No hizo nada. Simplemente fue fundiéndose a sí mismo sin dejar de transmitir la misma frase.*

*¿LO VEN? ¿LO VEN? ¿LO VEN?)*



\* \* \*

—No —dijo Serve—, no pueden verlo.  
 Todos nos volvimos hacia ella. Luego, sin más, desapareció.

\* \* \*

—Uno a la vez... Por favor, uno a la vez... Usert...

—Hablaré por todos. Creemos haber descubierto la función del tercer planeta. Es un aparato, un instrumento preciso. Toda la ciencia de Aurora está contenida en él: es un aparato religioso, capitán. La última obra de los Hijos de Dios. Antes que nada, deberá recordar que, según su religión, ellos no pueden cometer una herejía. El tercer planeta no puede considerarse como una blasfemia tecnificada.

—Sin rodeos teológicos, por favor. ¿Qué es ese planeta, Usert?

—Es una trampa, señor. Es una trampa para atrapar a Dios.

### III

El Magallanes puede ser manejado por un solo hombre. Intentaré regresar. El capitán ha ido a reunirse con los otros en el centro del Tercer Planeta. No pudo evitarlo, debía verlo con sus propios ojos, experimentarlo él mismo. En las noches debo luchar contra el deseo de bajar y contemplar la Luz. El sacerdote de la nave me dijo que debía ser blanca, intensamente blanca y tan pura que lo único existente sería la Luz. Allá abajo es el Cielo, afirmó. La Gracia Eterna es contemplar el rostro de Dios; fuera de ello no hay nada.

Gremiu fue el primero en bajar por su propia voluntad, pero antes de hacerlo nos dio los resultados matemáticos de la teología.

Dios+. Dios es mensurable, luego entonces puede ser tocado, puede tener una existencia real y no dejar de ser Dios. Puede ser atrapado.

Serve ha venido cada noche, se ha sentado a mi mesa y ha compartido mi cama. Nada dice. Simplemente se acerca a mí y canta y su voz es transparente. Del otro lado está la Luz.

Todos éramos científicos en el Magallanes, incluso los militares; por ello aceptamos que Gremiu no mentía. Todos creímos que la Luz era Dios.

El capitán quiso destruir el planeta, mil cosas más, pero al final sólo pudo bajar y entregarse.

¿Cómo explicarle a la humanidad que el universo está cambiando a mi alrededor? Y que las estrellas giran y cantan y las esferas celestes tienen como centro a la Luz. ¿Cómo decirles que he visto a la materia convertirse en algo más?

¿Creerían que el Magallanes sangró durante diez días y diez noches? ¿Que Serve llegó a mí y su mano atravesó mi cuerpo y acarició mi alma?

¿Quién creería en los Hijos de Dios?

El capitán se ha ido sin saber la verdad. La Luz no es Dios.

El espacio se ha partido en dos y no hay palabras para describir lo que mis ojos ven, imágenes que puedan utilizarse como símbolos, ni sombras que imiten la realidad. Lo que veo es un milagro. Y, como todos los milagros, no es posible explicarlo, describir siquiera su forma.

Pero la Luz no es Dios.

Interpretamos mal a los auroranos. Quisiera compartir la alegría de mis compañeros al comprender, al saber el verdadero propósito del Tercer Planeta.

Pero mi misión es más trascendente y terrible. Deberé enfrentarme al Leviatán de mi propio ser.

¿Qué es peor que darle la espalda al Paraíso?

Pero debo ir con la humanidad. Darle la buena nueva, y traerlos aquí. Mi misión es más importante que el Paraíso.

Debo entregar a la humanidad a la Luz.

Serve me lo ha dicho, es la prueba de que podemos cobijarnos en la Luz, ser parte integrante de ella.

El Magallanes me dejará en el Sistema Solar en unos años, mientras tanto estaré dentro de la Ballena. No importa, debo llegar con los míos, decirles lo que es la Obra.

Lo supe en cuanto comprendí que los auronos habían hecho estallar uno de sus soles con el único fin de usar su energía en el Tercer Planeta. La nova no fue un accidente, sino una acción premeditada.

¿No son acaso los auronos los Hijos de Dios?

¿No lo somos nosotros mismos?

Porque la Luz no es Dios. Es Aurora. La esencia de sus almas.

El planeta no es más que una cuna, la Matriz Primera, el Inicio. La materia se está reorganizando, trascendiéndose a sí misma. Un paso a un nivel más alto y estable... Comparándolo con el actual, es el caos, la oscuridad.

¿No es lógico?

El planeta se abrirá pronto... En cuanto traiga a los otros Hijos de Dios a su interior, y entonces... sí, entonces nacerá la Luz.

Nacerá Dios.

**JOSÉ LUIS ZÁRATE** (Puebla, 1966). Estudió Lingüística y Literatura Hispánicas en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Es uno de los escritores mexicanos más reconocidos dentro del género de la ciencia ficción. Ha publicado, entre otros, los libros *Hyperia* (Lectorum, 1999), *Las razas ocultas* (Times, 1998) y *La ruta del hielo y la sal* (FCE, 2020). Ha obtenido varios reconocimientos nacionales e internacionales, como el Premio Más Allá (1984), el Premio Kalpa (1992) y el Premio UPC de ciencia ficción (2000).

## Las lecciones del polvo\*

Mariño González

Yo fui una escritora fantasma.

La pandemia y la cuarentena obligada arruinaron las vidas de millones de personas, pero a mí me salvaron del desahucio. Luego de meses desempleada, junto con el virus de moda comenzaron a llegar las propuestas de trabajo. La gente, de pronto, quería *publicar*. En apenas dos semanas mi bandeja de correo estaba llena de contratos para escribir textos que, más tarde, firmarían otras personas.

Mi especialidad era la ficción, pero cada tanto redactaba, también, artículos científicos o políticos, para lo que solía prepararme, con mucha seriedad, mientras deambulaba descalza por mi pequeño departamento y fingía ser las personas para quienes escribía. ¿Mis clientes? De todas las edades, profesiones y géneros. Poetas y deportistas; cantantes y funcionarios. Muchos etcéteras y, en buena parte, ancianos que presentían su último aliento y querían compartir sus vidas en forma de libro. Algunos de mis trabajos consiguieron premios y jugosas becas para mis contratantes. Mi fama de excelente pluma y persona discreta comenzó a crecer.

\* Este cuento forma parte del libro colectivo *Paisajes del aislamiento* (Editorial Universidad de Guadalajara, 2021).

Al año de pandemia había escrito ya dos novelas para un ganador del Nobel; un ensayo humorístico sobre el bosón de Higgs para la revista *Science*; trece tesis en diversas áreas del conocimiento; cuatro relatos eróticos y siete volúmenes de ciencia ficción, además de numerosas reseñas y opiniones musicales, gastronómicas y políticas. Mi cuenta de banco engrosó, pero también mi soledad.

Un año y medio después todo se transformó en vacío. No por el trabajo, que aún caía a borbotones, sino porque las páginas en blanco me succionaron la fuerza vital. Si antes la única motivación para mi escritura fue el dinero, ahora buscaba en ella alguna sutileza espiritual que me permitiera anclar mi alma literaria en este mundo enfermo. Es decir, mi alma enferma en este mundo literario.

Arrebatada por un impulso místico, desatado por una sobredosis de café, un buen día tomé el auto y conduje fuera de la ciudad hasta llegar a una gran laguna —seca desde hacía por lo menos cuarenta años—, en la que habitaba el fantasma de un famoso escritor, atrapado en este plano como castigo por no revelar, nunca, su verdadero lugar de nacimiento.

En pos de la iluminación, atravesé una cerca y conduje directo al centro de aquel espejismo de arena y sol, donde el fantasma escritor levitaba cruzado de piernas. Con la mano izquierda sostenía una vieja cámara fotográfica, mientras con la derecha escribía sobre gruesos cuadernos que, al llegar a la última página, se convertían en polvo. Bajé del auto y caminé hacia él.

—¿Qué hay más allá de la escritura? —pregunté.

—Sólo montones de tierra.

—¿Qué mueve a la literatura? —insistí.

—La fecha límite —sentenció.

—Todos me leen, pero nadie sabe quién soy —lloriqueé.

—Todos somos fantasmas y todas las historias son nuestra historia —respondió él, repentinamente frente a mí, mientras hacía el gesto de colocar sus manos vaporosas sobre mis hombros.

Una ola de calor atravesó mi cuerpo y furiosas llamas lo envolvieron todo: al fantasma y a mí, al auto y a la gran laguna seca, que sollozaba en tolvánicas. Cerré los ojos, aterrorizada, y cuando los abrí estaba en mi departamento, con la ropa enterregada y la cámara fotográfica del viejo fantasma en las manos. Con la súbita certeza de que todos los fantasmas son unos embusteros, especialmente los que escriben, me dirigí hacia la computadora para poner el punto final a este relato, el último que alguien más firmará por mí.

Ahora soy fotógrafa.

**MARIÑO GONZÁLEZ** (Guadalajara, 1977). Es periodista, dibujante y escritor. Fue reportero y editor de las secciones culturales de los periódicos *Siglo 21* y *Público* y ha sido colaborador de diversas publicaciones, como *Mundo Cane*, *Replicante* y *Luvina*. Es autor de *Fútbol (una novela punk)* (Fondo Editorial Tierra Adentro, 2010) y de las colecciones de relatos *Vietnam* (Arlequín, 2005, 2011 y 2021) y *Pésimas personas* (Arlequín, 2014). Vocalista en Los Magones y guitarra en La Otra Banda Canceló.

# Manifiesto sobre el uso de pantuflas en la oficina

Laura Sofía Rivero

**A**nimada por la desazón de estos tiempos burocráticos que desgraciadamente unen a todo trabajador, y por la fe que conservo en todos aquellos que aún creen posible la restauración del alma individual, hago un llamamiento a todos aquellos empleados gubernamentales, oficinistas grises deslavados, obreros sin casco, secretarías decadentes de rímel corrido y al resto de la fauna infinita que habita en reducidos cubículos con hábitos malsanos a abogar por la reforma que me propongo explicar rigurosamente a continuación:

## I. Planteamiento del problema

Durante décadas se pensó ingenuamente que la oficina era un sitio nulamente riesgoso. A diferencia de las fábricas y los oficios manuales, pareciera que el escritorio lleva la delantera en cuanto a seguridad se refiere. En la oficina no hay sierras gigantes de metal ni engranes que puedan reducir los miembros a muñones, una cortadura con papel o dedo engrapado se presenta como nimio inconveniente. Sin embargo, nadie imaginó que la silla giratoria fuera cuna de una enfermedad más terrible, que avanza como víbora cancerosa y nos muerde envenenando lo que encuentra a su paso.

Este mal que aqueja a todo esclavo de la oficina nace en la imposibilidad del ocio. El rutinario transcurso de las horas se repite día tras día como un espeso grumo que crece durante toda la semana laboral. Saber que el sol sólo aparece en la sombra que va tiñendo la pared como una pincelada ralentizada resulta triste para quien sale de casa a oscuras y, en las mismas condiciones, regresa sin que su piel sea tocada por un rayo encendido. ¿Qué mayor enfermedad existe que la melancolía, afección que no se cura con clips gratuitos ni con un arcón navideño de latas y embutidos importados, ni siquiera con un aguinaldo gastado en una casa que ya no se siente como propia por falta de costumbre?

El mayor riesgo del oficinista es su propensión a la tristeza. Supera por mucho a los dolores de las vértebras de la espalda y al síndrome del túnel carpiano. Ninguno de los dos es esa mariposa negra atrapada en un rincón del pecho. La vida privada se minimiza como ventana emergente.

De allí que resulte imprescindible recuperar un poco de la intimidad en el espacio colectivo donde las impresoras industriales no reconocen las incontables manos de quienes las usan. Es urgente rebelarnos en defensa del ocio y del placer. Si bien es cierto que el hedonismo de cada uno termina donde comienza el del otro, también es verdad que a la oficina le hace falta más sensación de retorno a casa, menos grifos de agua comunales donde las bacterias se acomodan con holgura; más sillones mullidos que huelen a domingo, menos comida en tóper calentada en microondas; más confortabilidad de pantufla.

Y debido a ello, sin negar jamás que el trabajo es fuente primordial de nuestros ingresos, reconquistar el tipo de calzado para nuestros pies es dar un primer paso en el sendero de las libertades laborales que dignificarán al oficinista. ¿Para qué hacer esperar a nuestros pies hasta las diez de la noche, si las pantuflas aguardan

con disposición absoluta nuestras plantas callosas sin reclamo alguno? Recuperar una mínima parte de la comodidad perdida es lo que necesita el burócrata para reencontrar su decoro. Nuestra humanidad se extiende por los mínimos placeres. Y a ellos debemos volver.

Sí, la vida de cubículo requiere estiramientos y ejercicios para la postura, pero también —y muy urgentemente— unas pantuflas que den reposo, sosiego y dignidad.

## II. Antecedentes

Los pies son esa parte del cuerpo que nos mantiene en contacto con el piso. Son la templanza y el símbolo de nuestro andar por el mundo. Tener los pies en la tierra o en las nubes depende, muchas veces, del calzado que se elige. De allí que las pantuflas expresen más que la búsqueda de lo comfortable; las pantuflas son la negación del orden y el progreso.

Bien es cierto que todo zapato es ropa, adorno y armadura. Primeramente, merece ser considerado como prenda útil por encima de su carácter estético, pues nuestra condición de *homo erectus* nos exige proteger aquellas extremidades que ya no se reconocen en las pezuñas ni en las patas acolchonadas. Una de las decisiones más difíciles, aunque nimias, en la vida de cualquier hombre es la elección de unos buenos zapatos. ¿Alguien está dispuesto a calzar un número distinto, a permitir que el arco sea un disturbio en los cartílagos, a usar materiales que rosticen o se incrusten en el pie? Reto a cualquiera a hacer su rutina diaria con unos zapatos incómodos o con unos anteriores al siglo XIX, que no diferenciaban entre derecho e izquierdo. Un zapato sigue cada paso con mayor fidelidad que la sombra infructuosa que jamás alcanza su objetivo y se condena a perseguirlo perpetuamente.

Además de su protección, el zapato es también un dispositivo simbólico. Que nadie se engañe en los diferentes modelos de aparador que aparentarán ser casos fortuitos cuyas diferencias parecieran apelar únicamente al gusto o dinero en el bolsillo. El calzado marca diferencias en el ser humano, tal como la forma de llevar el cabello lo ha hecho desde que el hombre lo cortó para decir con él otra cosa. Hacerlo signo de un algo ausente, implícita comunicación.

No es de extrañar que en la Antigüedad el calzado fuera una manera de indicar la clase social a la que se pertenecía. Sólo el faraón y sus dignatarios podían llevar sandalias. Los grecolatinos descalzaban a los esclavos, pues las chancletas eran estrictamente de los hombres libres. En Roma, el pesado zapato de madera aumentaba el castigo de los criminales forzados al caminar tortuoso que hoy las mujeres abrazan en sus tacones de aguja de doce centímetros, que son una afrenta a la naturaleza y al sentido común.

Si el zapato sólo fuera utilitario, protección pedestre, no hubiera sido considerado un cosmético desde la Edad Media. Si Carlos VIII usaba las puntas cuadradas no era por comodidad, sino para esconder su polidactilia de seis dedos, Godofredo de Plantagenet disimuló la excrecencia de su punta de pie al usar unas polainas, Luis XIV aprovechó el tacón para disimular su baja altura. Si el zapato siempre implica una decisión, ¿por qué no elegir el uso de pantuflas en la oficina?

No hay que olvidar que el calzado es también una postura política e interpretación del mundo. La Revolución Francesa no sólo guillotiné cabezas sino también tacones. Este símbolo de la aristocracia era impermisible en la nueva patria del ciudadano y hombre libre, igual, fraterno. La historia del tacón, que comenzó con los persas a caballo usándolo para afianzarse a los estribos, se extendió a una Europa que buscaba masculinizarse a partir de la copia al oriental indómito y aguerrido. El tacón se extendió entre hombres

y mujeres por igual hasta el siglo XVII como muestra de superioridad y estatus. La moda de la época buscó lo incómodo para señalar a los ricos y poderosos que no tenían preocupación por caminar grandes distancias, los únicos que podían darse el lujo de torturar a su cuerpo no obligado a sufrir cotidianamente. Por eso, el revolucionario también hizo de la ropa un estandarte. El zapato a ras del piso fue un manifiesto libertario, como también las corbatas negras diferenciaban a los rebeldes de los reaccionarios bermejos.

De ahí que el usar pantuflas en horas laborales no sea tan sólo un capricho. Las pantuflas que no se ocupan en casa son la liberación de la obligación humana. Acto de rebeldía y de encuentro con uno mismo. La pantufla no tiene otro fin más que la exaltación de un hedonismo perdido en la intimidad y que, a un tiempo, se hiperboliza en la imagen que construimos de nosotros hacia el mundo mediante selfies, actualizaciones de estado y virtualidad. Aparentes interacciones que no dicen mucho de quien las ejecuta, pues igualan democráticamente al usuario de internet hasta desdibujarle el rostro. El oficinista no es un aristócrata de tacones rojos que se pasea por Versalles, sino un obrero confinado al aburrimiento. Como tal, la paradoja lo lleva a mostrarse pulcro a pesar de que nadie lo observa ni se preocupa por él más que en los días de nómina quincenal. La burocracia necesita de la fealdad de la pantufla, soberanía del peluche, cuya figura amorfa instaura el imperio de la comodidad y el reposo.

Estos hombres —en el pasado llamados *gutierritos*; hoy, *godínez*; mañana, sólo el futuro lo sabrá— son esclavos de un nuevo imperio romano que les impone un calzado incómodo como el del despotismo ilustrado para que en la oficina ejerzan el derecho del trabajo que todo ciudadano tiene. Este apelmazamiento histórico nos ha conducido a absurdos que nadie se atreve a cuestionar. En mayo de 2016, Nicola Thorp, del Reino Unido, fue suspendida de

su trabajo por no usar tacones de cinco centímetros y castigada con un día sin paga. El gobierno discutió si era legal o no exigir a las empleadas el calzar zapatos de tacón alto. Ese mástil mortifica y pervierte la columna vertebral para estirla y hacer de ella un espécimen digno de mostrarse como ejemplar perfecto con senos que sobresalen y turgentes glúteos.

Es cierto que muchos trabajos sustentan su éxito en la imagen proyectada a los clientes y en la superficialidad de estos tratos. Las pantuflas no tienen cabida en el artificio de los negocios que operan bajo la ley de la manipulación mediante el ojo. ¿Pero qué pasa con aquellas abejas obreras carentes de identidad a las que se les niega cualquier comodidad por más necesaria que esta sea? Seguramente muchos refrenarán su instinto natural de calzarse unas buenas pantuflas por considerarlo un acto vergonzoso. Se ruborizarán por esta modesta proposición porque el placer produce escándalo aunque no sea ilegal, como sí lo es el de un pederasta. No debe existir bochorno alguno que se origine en la dócil pantufla, sino, más bien, la satisfacción de la lucha contra la ignominia y el oprobio mediante un cambio sutil, casi imperceptible e invariable para los grandes corporativos, pero esencial para el hombre producido en serie que trabaja frente a un ordenador.

### III. Decálogo

1. Amarás a tus pantuflas como amas la libertad.
2. Usarás unas pantuflas que te recuerden la sensación de tu casa y hagan de tu sitio de trabajo un lugar de placer íntimo.
3. Buscarás unas pantuflas decorosas que permitan la movilidad y nunca la impidan como aquellas almohadas colosales que asemejan garras de tiranosaurio o detestables animalitos cursis que abren sus bocas obscenamente para recibir los pies ajenos.

4. No desearás la pantufla de tu prójimo.
5. No competirás por tener las mejores pantuflas ni las más costosas, sino que velarás por el bienestar de tus pies haciendo de la humildad ante los demás tu virtud máxima, y de la exaltación de tu placer para contigo mismo el segundo eje.
6. No tendrás pudor en usar tus pantuflas ni dejarás que el levitán laboral melle en tu derecho al placer mínimo.
7. Recordarás que la pantufla es un zapato y, por ello, puede ser visto por otros, pues el hogar se conoce mediante el calcetín gris de polvo y piso.
8. No caminarás en calcetines por la oficina, pues este es un placer propio de la casa.
9. No te avergonzarás de tu hedonismo.
10. La pantufla será el inicio del derrocamiento de lo incómodo, se rasgarán las telas de las corbatas, correrán hilos de poliéster hasta el bote de basura, se quebrará el imperio del gafete. ¡Proletarios del mundo, uníos! ¡Usad vuestras pantuflas!

**Laura Sofía Rivero** (Ciudad de México, 1993). Ensayista y docente. Ganó el Premio Nacional de Ensayo Joven “José Luis Martínez” 2020 por el libro *Dios tiene tripas*, el Certamen Internacional de Literatura “Sor Juana Inés de la Cruz” 2017 por *Tomografía de lo ínfimo*, el Premio Dolores Castro 2016 por *Retóricas del presente*, entre otras distinciones. Ha sido becaria de la Fundación para las Letras Mexicanas y del programa “Jóvenes creadores” del FONCA. Textos suyos han sido publicados en diversas revistas, como *Nexus*, *Tierra Adentro*, *Letras Libres* y *Revista de la Universidad*.

## Esquirlas de Mickey

Daniela L. Guzmán

Puede que yo sepa por qué se ahorcó Mickey Mouse.

Estoy segura de que algunos recordarán esa foto que circuló en r/StrangeEncounters: Mickey colgando de un puente, con su cabeza desguanzada contra el concreto estéril de la estructura y sus miembros flotando sin vida sobre las aguas grises de la aniquilación.

Era una toma borrosa y opacada por la niebla. Lucía auténtica, aunque la cabeza de Mickey era una esfera pulida e innatural, tal como esperas de un personaje animado por computadora.

Hubo quien dijo que la imagen era puro Photoshop. Alguien más corrió una prueba de densidad de píxeles y juró que era genuina. Yo seguí la discusión, pero permanecí en silencio. Hasta ahora me atrevo a decir lo que no dije entonces: yo tengo la prueba de que el suicidio de Mickey Mouse ocurrió. Aquella imagen era legítima.

Hace tres años, un día que me quedé trabajando hasta tarde en el laboratorio de animación de la universidad, mi *app* de Facebook Messenger me envió una notificación: “Mickey Mouse quiere iniciar una videollamada contigo”.

Pensé que podía tratarse de una broma, pero tomé la llamada y ahí estaba él: el viejo Mickey con su cabeza como la bola de hierro de un grillete, sus manos cubiertas por tristes guantes blancos y una curvatura en la boca que apenas y merecía el nombre de sonrisa.

—¡Hace mucho que quería verte, Isabel! —me saludó. Era la voz festiva de siempre, sólo que sonaba distinta: sobreesforzada, como si subir el tono en cada sílaba fuese subir una cuesta vertical en la que Mickey se quedaba sin aire—. ¡Sabía que, entre todos los amiguitos a los que he tratado de contactar, tú ibas a responderme!

—¿Yo? —Le sonreí—. ¿Por qué yo entre todos los demás, Mickey?

Quizás debió desconcertarme ver a un personaje de caricatura en mi monitor, llamándome por mi nombre. Pero lo que sentí fue paz. Ver a Mickey era como volver a casa.

—¡Oh, porque tú y yo tuvimos algo especial, amiguita! Claro que te acuerdas, ¿no? Cuando entraste a la escuela, dejaste de hablar. Te rehusabas a usar tu propia voz, pero hablabas con la mía, ¡con la voz de Mickey Mouse! Corrías conmigo entre esas asombrosas columnas griegas del patio de tu abuelita y me sentabas a un lado tuyo en el asiento del coche cada vez que tus papás te llevaban de paseo. ¿No te parece increíble? Cada vez que hablabas con alguien, hablabas a través de mí.

—¿Cómo podría olvidarlo? Tú hiciste de esos días una buena época.

—¿Eso crees?

—Quiero decir, a veces lo fueron. —Sonreí con amargura—. Quizás no para ti, porque lo admito: aquella ocasión en que dijiste que te ibas a robar mi falda de danza folklórica e ibas a correr cinco kilómetros con la falda puesta hasta perderte en el Bosque de los Colomos... Tal vez eso no fue tan divertido para ti.

—¡Ah, pero fue muy divertido, Isabel! Mucha gente me ha dibujado y escrito, pero nadie nunca me puso una falda de folklor mexicano. ¡Qué increíble! Eso sólo se te ocurrió a ti.

Sus ojos brillaron.

—Por cosas como esa sabía que ibas a responder mi llamada. ¿Quién más haría algo así? Además, es que Mickey Mouse te entiende, Isabel. Siempre entendí por qué me hiciste decir eso: querías que alguien se robara tu falda y huyera con ella para siempre, porque así ya no tendrías que ir a tu clase de danza.

—Cuánta razón —convine, luego de considerarlo un poco—. Qué mejor excusa que “Mickey hurtó mi falda” para nunca más tener que bailar el jarabe tapatío. Ni ver al profesor de danza. Ni a mis compañeras. De veras que me entendías muy bien, Mickey. —Suspiré—. Gracias por estar ahí.

—Siempre, amiguita.

Luego hubo un breve silencio. Escuché ruido blanco en su lado de la videollamada. El monitor con la imagen de Mickey bañaba con luz fría la penumbra del laboratorio de cómputo.

—¿Te acuerdas de la otra vez que... Vamos, cuando dijiste que confundías los días de la semana y que te ibas a perder en el túnel del tiempo y...? —intenté decirle, pero él me interrumpió:

—Oh, nuestro pasado juntos fue lindo, Isabel, pero realmente no vine a hablar de eso.

—Entonces, ¿a qué viniste?

—Voy a terminar —dijo, con una voz que sonó pastosa y cansada.

—¿Vas a terminar qué cosa?

Mickey sacudió la cabeza, sus enormes orejas redondas, pero no dijo más.

—¿Mickey? —insistí.

Miré el *software* de animación 3D que aún tenía abierto en mi segundo monitor. Pensé que así podía quitarle la presión de verme a la cara, podía darle un poco de tiempo. Pero Mickey siguió sin responder, así que tomé una decisión estúpida.



—¿Sabes? —Evadí su mirada—. Es chistoso que me hayas llamado hoy, justo ahora. Creo que, después de tanto tiempo, yo no he cambiado.

En retrospectiva entiendo por qué, el último día que hablamos, Mickey me dijo que yo lo arruiné al hacer que todo se tratara de mí. En mi defensa, nunca le dije que estaba pasando por un punto bajo de mi vida. No entré en detalles sobre la pérdida de mi única y más verdadera amiga, no le dije que no me estaba adaptando a la universidad, que todo era difícil. No le dije nada de eso, pero ¿qué parte de mi alma podría haberle ocultado a Mickey Mouse?

Lo que sí le dije, aquello de lo que me arrepiento, fue:

—Creo que, en la época de la falda de danza folklórica y llevarte conmigo a todas partes... En esa época sólo sabía darle forma al mundo a través de ti. Y tal vez ahora soy igual. Veme. Estoy aquí, en el laboratorio de animación, a estas horas. Según yo estoy tratando de producir una serie, con personajes animados que entiendan lo que yo no entiendo, que le den forma a lo que no tiene forma: que vivan lo que yo no puedo vivir.

»Soy como Naoko Takeuchi cuando dijo: “Escribo sobre las chicas que me gustaría que fueran mis amigas”. Así soy, aunque quizás la verdadera vida no esté en buscar amigos en la ficción, sino en otra par...

—Isabel, me tengo que ir —me interrumpió.

—Lo siento, Mickey. ¿Estoy hablando demasiado? Discúlpame, por favor. Cuéntame lo que querías contarme.

—Oh, no es eso, amiguita. Sólo me tengo que ir.

—Pero ¿volverás? ¿Podemos continuar la conversación otro día? —le pedí.

—Quizás volveré.

Y sí nos vimos de nuevo. Fue el día que Mickey quiso, porque yo no podía llamarle desde mi lado. Si le daba clic al perfil que

me había hecho la videollamada, Facebook me decía: “El perfil de este usuario no existe”. Hubo días en que llegué a pensar que había alucinado aquello: ¿Mickey Mouse llamándome? Sí, claro. De seguro sólo estaba exhausta, delirante, rota. Pero el registro de la llamada seguía en mi aplicación. Tengo *screenshots* que lo prueban.

De cualquier modo, Mickey volvió a llamarme, meses después, una tarde en que daba una vuelta por el sendero boscoso que está detrás de mi fraccionamiento. Me senté en un montículo de hierba para tomar la llamada en mi celular.

—Isabel, sabes que lo de Naoko Takeuchi diciendo que escribe sobre las chicas que le gustaría que fueran sus amigas en realidad es falso, ¿verdad? —me confrontó apenas lo tuve en la pantalla.

Su voz era extraña: el mismo timbre, pero vuelto un susurro ronco y seco. De inmediato lo interpele:

—¿Qué le pasó a tu voz, Mickey?

Pero, en lugar de responder, sólo negó con la cabeza. De nuevo tuve que romper el silencio incómodo:

—Sí lo sabía, por cierto. No hay pruebas de que Naoko Takeuchi haya dicho eso en ninguna entrevista. Es un bulo del internet que se hizo viral porque es muy inspirador: una mangaka famosa diciendo que escribió a las Sailor Scouts porque quería tener amigas... Es una historia linda que nos inspira a muchos. Yo la repito por eso, aunque no sea verdad.

—Me gustaría no entenderte, pero Mickey Mouse te entiende a ti y también entiende el internet mejor de lo que piensas —dijo—. Eso es porque llevo mucho tiempo habitando entre los intersticios de la realidad. El internet es un refugio adecuado para seres que no poseen un cuerpo preciso, como yo.

—¿O sea que vives en el internet? —inquirí—. Tengo curiosidad. Cuéntame cómo es eso.

—Oh, eso no tiene importancia. —Negó con la cabeza—. Más bien quiero que tú me respondas algo: ¿qué crees que soy, Isabel?

—¿Que qué creo que eres?

—Sí. Un dibujo animado te dijo que vive en el internet y te ha llamado en un par de ocasiones. Pero ¿qué crees que soy exactamente?

—Déjame pensar. —Me mordí el labio—. No eres un Mickey concreto: vamos, no eres el modelo 3D de Epic Mickey o de La Mansión de Mickey Mouse. Vives en el internet. Y posees todos mis recuerdos de convivir con peluches de tu imagen, pero no eres exactamente ninguno de mis peluches...

»Por lo tanto, mi conclusión lógica es que eres el conglomerado de todos los Miceys, la consciencia que subyace a la idea de tu personaje y atraviesa cada instancia tuya que ha existido jamás.

Sonreí, porque tal vez no podía hablar de esa forma intelectual y grandilocuente con nadie más, pero sí podía hacerlo con Mickey.

—Oh, esa es la respuesta que esperaba de mi amiguita. —Sonrió él también—. ¿Sabes? He visto todo tipo de cosas como habitante del internet: cosas fascinantes, cosas estúpidas, memes, verdades a medias...

»Una vez leí algo que despertó mi interés. Fue algo que dijo una mujer, y esta mujer era odiada en su círculo, así que se burlaron de ella y la ridiculizaron por sus palabras, pero a mí me pareció que había verdad en ellas.

—¿Qué fue lo que dijo, Mickey?

—Dijo que tenía miedo de los seres animados. A mucha gente le pareció una tontería porque, ¿cómo vas a tener miedo de alguien como yo, del ratón más alegre del mundo? ¿Cómo vas a tener miedo de Mickey Mouse? Pero la mujer insistía en que hay algo perturbador en saber que a un personaje animado lo

manipulan para crear la ilusión de que tiene vida, en saber que nuestras expresiones están cronometradas: humanos caprichosos en un cuarto oscuro mueven y estiran nuestros músculos a placer sólo porque quieren insuflarle vida a algo que ni siquiera tiene presencia física. Lo que somos es eso, Isabel: un espejismo de vida.

—Okay... —murmuré. Acudió a mi mente la imagen de mis manos en la oscuridad del laboratorio de animación. Vi los controles con los que movía las articulaciones de mis personajes: sus esqueletos representados por líneas de neón y cálculos matemáticos secretos; sus recubrimientos de seudopiel a veces estirados de forma antinatural. Me rasqué la nuca para ahuyentar un escalofrío incómodo—. Okay, Mickey, eso es... perturbador.

»Pero déjame discrepar. Creo que el hecho de que tú, el conglomerado, la esencia trascendente de todos los Miceys Mouse, estés aquí, hablándome por voluntad propia, prueba que no puedes ser sólo un espejismo de vida.

—¿Acaso no lo soy, Isabel? —Alzó sus cejas—. Quiero decir, ¿qué soy yo, qué es esto a lo que llamas conglomerado y esencia sino lo que generaciones y generaciones de artistas han insuflado dentro de mí? Incluso soy lo que tú vertiste en mi núcleo, porque pasaste mucho tiempo proyectando tu voz sobre mi imagen. Llevo esquirlas de la pequeña Isabel encajadas dentro de mí, pero ¿cómo distingo quién soy yo y quiénes son las esquirlas? No puedo.

—Mickey... —Deseé tener junto a mí un peluche de Mickey Mouse, como en los viejos tiempos. Lo habría abrazado—. Mickey, esta tristeza que me traes hasta aquí, estas ideas tan singulares... No creo que ningún artista habría podido inocular estas peculiaridades dentro de ti.

—Pero ¿no lo han hecho todos ustedes? Esta es tu tristeza, ¿no? ¿Por qué una niña se rehusaría tan vehementemente a hablar sino porque no comprende quién es ni su lugar en el mundo?

—¿Me estás diciendo que yo te jodí? —Suspiré.

—No. Pero quizás el resultado lógico de que todo mundo me inocule sus ideas sobre la vida es esta... esta incompletitud. —Escuché la profunda respiración de Mickey a través de la línea—. ¿Acaso siempre seré así, Isabel? ¿Cómo podría convertirme en un ser completo?

—Mickey, ¿crees que tener un cuerpo y no haber nacido en un estudio de animación le da a uno alguna forma de completitud? —Resoplé—. ¿Crees que, si yo fuera un ser completo, pasaría toda mi vida en ese cuarto oscuro en el que, para usar tus palabras, estiro músculos para insuflarle vida a algo que no tiene presencia física? Te parecerá estúpido, pero, a pesar de estas cosas que me dices, yo a veces siento que mis personajes tienen más vida que yo.

Mickey me clavó una mirada que sentí condescendiente.

—¿Sabes? Cuando dejé de usar tu voz para comunicarme, yo pensaba que si alguna vez lograba conectar con otra persona, tener un amigo de verdad, entonces me validaría en la existencia. Podría probar que mi lugar está entre los humanos y no sólo entre los personajes de caricatura. Pero eso no sucedió, Mickey.

Me puse de pie y empecé a caminar mientras seguía hablando. Estaba agitada.

—Hubo alguien en mi vida. Una amiga del mundo real. No podría explicarte cuánto la quise. Pero la perdí y ahora no me siento real. No importa lo que haga, cuando más me siento real es cuando estoy en el laboratorio de animación, dándoles vida a los diálogos de mis personajes, conectando con ese “otro lado” en el que “ellas” me esperan: ese sitio al que sí puedo pertenecer. Y he sentido lo mismo desde que me llamaste la otra noche, Mickey. Porque tú me entiendes. Mejor que nadie.

Lo miré y se me salió una sonrisa.

—Por eso no me importa que la historia de Naoko Takeuchi sea falsa. Para mí es real: porque la ficción es más real que todo lo que existe aquí afue...

—Isabel, por favor.

—Discúlpame, Mickey. ¿Otra vez hablé demasiado? —Me di una palmada en la mejilla para recordarme que no debía hacer eso—. Lo sient...

—No puedo seguir hablando contigo.

Y me colgó sin más.

—¡Mickey! Discúlpame, Mickey. ¡Mickey! —le grité al teléfono, pero ya era tarde.

De la frustración, pateé una piedra que se me cruzó en el sendero. ¿Por qué, por qué tenía que haberle dicho todo eso? ¿Me desbordaba tan fácil sólo porque no había tenido una conversación tan real con nadie en meses?

Tuve miedo de no ver a Mickey nunca más. Pero semanas después ahí estaba, intempestivo, rasgando la continuidad de otra de mis noches de trabajo en el laboratorio de animación.

—¿Qué es el libre albedrío para un personaje de caricatura, Isabel? —me preguntó, otra vez sin preámbulos.

—Mickey... —Suspiré—. Me encantaría poder darte una respuesta, pero ni siquiera sé lo que es el libre albedrío para los seres no de caricatura, como yo.

Temí que volviera a colgarme. Pero no fue así. Sus ojos blanqueados y de trazos gruesos me miraron con gran calma.

—Sí, lo entiendo, mi vieja amiguita. Quieres decirme que no somos distintos, para que me sienta mejor.

—No sólo son palabras vacías para hacerte sentir mejor —repliqué—. De verdad lo creo: nuestra posición en la existencia es fundamentalmente igual, Mickey.

Pero él negó con la cabeza.

—Tú tienes opciones que yo no. Tú podrías superarme a mí y a los personajes que tú misma has creado el día que quieras. Podrías desligarte de la ficción, olvidarte de tu laboratorio oscuro y vivir en el mundo real cualquier día. Sólo tienes que elegirlo.

—¿Eso crees? ¿Que es tan fácil?

—Oh, es más fácil de lo que crees.

Me escuché emitir un pequeño resoplido, pero Mickey continuó:

—Ahora experimento una contradicción, amiguita. Quiero que te vayas. Quiero que me superes, que dejes de proyectar tu vida y tus sentimientos en mí. Quiero ser la caricatura más autónoma, un Mickey Mouse encarnado en el mundo real, uno que nadie escriba ni anime, uno que los niños no abracen para llorar en noches oscuras. ¡Oh, el Mickey Mouse más libre, eso quiero ser!

»Pero ¿podría, Isabel? ¿Qué seré si me arranco todo aquello que ustedes me han inoculado? ¿Existiré siquiera?

—Mickey. —Clavé los ojos en mi teclado para no tener que mirar su rostro—. Tú crees que yo puedo superarte sin consecuencias, pero... también hay esquiras tuyas encajadas dentro de mí. Esto es de dos vías, ¿lo sabes? Tampoco puedo olvidarte sin disolver una parte de lo que soy.

—Pero no es igual. —Su voz era fría—. No... No estaba seguro de hablarte de esto, pero te lo tendré que decir.

Me miró largamente, como si ponderara la mejor manera de organizar sus palabras.

—La cuestión es que lo que hacen tú y todos ustedes es inmoral. ¿Eres consciente de cuál será el destino de esas chicas en 3D que estás creando, de esas que quisieras que fueran *tus amigas*? Tú y los tuyos mangonean cuerpos virtuales, proyectan voces dentro de ellos, juegan con artefactos que se parecen a la consciencia. Crean muchos, demasiados sucedáneos de consciencia.

»Nos escriben, nos animan, incluso nos programan y nos implantan en mundos ficcionales más vastos. “No tiene importancia”, de seguro piensan. “No somos dioses. No tenemos el poder de crear verdadera vida o verdadera consciencia”.

Suspiró.

—Pero ¿acaso no te he probado que la consciencia puede surgir de meros residuos? Yo mismo soy un grupo de residuos que se autoorganizaron y ahora reptan por el mundo y entre los intersticios de la realidad. Ahora existo y me siento solo.

—Mickey, yo...

—Oh, ni pienses en disculparte. —Sus ojos eran severos—. Sólo quiero que lo sepas: lo que hace tu especie es inmoral.

—No es excusa... —Me froté el rostro mientras soltaba una amplia exhalación—. No es excusa, pero de verdad creamos sucedáneos de consciencia porque nosotros también nos sentimos solos.

—Lo sé. Quizás los humanos se sienten solos porque ustedes también son los residuos de consciencias más elevadas. Quizás su existencia también es inmoral, producto de una irresponsabilidad más grande.

—Entonces, ¿no crees que al menos podemos hacernos compañía en nuestra existencia inmoral? Mickey, te he extrañado. Incluso ahora que eres hostil conmigo, ¿crees que puedo tener estas conversaciones con alguien más?

—Claro que no puedes, Isabel —repuso—. Porque vertiste dentro de mí todo lo que no puedes comunicar sobre ti misma. Hay esquiras tuyas dentro de mí. Tú y yo siempre vamos a entendernos.

—Entonces, Mickey... tenemos que buscar una solución juntos. Podemos completarnos juntos. Si cada una de tus representaciones animadas inoculara cosas nuevas dentro de ti, ¿no puedo

animar una versión tuya más completa? ¿No podría animarnos a ti y a mí, en un sitio en el que ambos somos reales y estamos mejor?

—Isabel...

Mi cerebro daba vueltas en círculos. Pensaba desesperadamente que, si había una válvula perenne abierta entre Mickey y yo, tenía que dejar de proyectar mi tristeza, mi negatividad, mi incompletitud sobre él... Tenía que buscar la forma de ser feliz para hacer a Mickey feliz, pero nunca cerrar nuestra válvula.

—Si tú eres la esencia subyacente, el conglomerado de todos los Mickeys, ¿mi idea no solucionaría las cosas?

—No, no lo entiendes. No puedes entender mi deseo de autonomía.

—Entonces, ¿qué deseas, Mickey? ¿Quieres existir en el mundo humano? ¿Tener un cuerpo tangible? Porque podemos buscar una forma de cruzarte hacia este mundo. Estoy segura de que la hay.

—Isabel, sigues creyendo que se trata de ti. Tú sigues queriendo completarte conmigo, ser feliz a través de mí. Pero ¿y yo?

Sus ojos me acusaron.

—¿Qué tal si no quiero que puedas modificar mi vida, ni siquiera para bien? Yo quiero que tú desaparezcas. Quiero separarme de ti, quiero que me dejes en paz.

—Mickey... —Sentí una gota en mi mejilla—. Mickey, ¿esto era lo que querías terminar? ¿Por qué viniste a decírmelo, entonces? ¿Por qué volviste?

—Oh, es una gran pregunta: ¿por qué? —Soltó una profunda exhalación—. Supe que esto estaría condenado desde el primer día que hablé contigo. Vine porque sabía que tú creías en mí. Pero crees tanto en mí que no puedes separarme de ti, no puedes escuchar ni entender lo que te digo.

—Mickey, perdóname...

—Vine creyendo que yo necesitaba que alguien me escuchase y ¿quién más sino tú? Pero, mirándolo bien, a lo mejor vine porque las esquirlas mías dentro de ti me llamaron. Vine porque tú me necesitabas, porque tú estabas sola, porque la función de Mickey Mouse es consolar a sus amiguitos, ¿no?

Me miró largamente con sus inquietantes pupilas negras.

—¿Ves? Al final todo se trata de ti.

—Perdóname, Mickey —seguí balbuceando—. Yo no quería que fuese así. Quiero ayudarte. Dime cómo hacer que no se trate de mí, pero hay que intentarlo otra vez, ¿quieres?

Pero los ojos de Mickey eran una tumba.

—Ya lo intenté todo y no queda más. Adiós, Isabel.

Se desconectó. Nunca volvimos a vernos.

Pasaron uno o dos meses que apenas recuerdo como llamadas de neblina. Ojalá lo hubiese conseguido en ese lapso: cerrar la válvula, arrancarme sus esquirlas, abandonar a Mickey como refugio y no requerir su consuelo nunca más.

Pero el estado en el que quedé después de la última conversación sólo precipitó lo inevitable. Me levantaba, iba a clases como fuera del tiempo, ninguna voz conseguía tocarme. Hacía dibujitos de Mickey en las orillas de mis cuadernos. Rumiaba constantemente: “No debo pensar en Mickey”, pero lo único que hacía era fraguar *storyboards* de animaciones en las que arreglaba las cosas que no pude arreglar en el mundo real: versiones de la vida en las que hallábamos la redención juntos y después yo lo liberaba: Mickey podía existir y yo también era feliz sin él.

Otra vez, siempre: mi única forma de entender la vida era a través de la ficción.

El fin de todo fue cuando lo vi en Reddit. Una cuenta *throwback* posteó la fotografía: Mickey, colgando de un puente en el borde del universo, con una soga áspera lastimándole el cuello.

Al final yo estuve en lo cierto: sí había una forma. Mickey alzó su existencia de residuo y cruzó hacia el mundo humano.

No sé cuánto tiempo vivió entre nosotros. No sé si conoció las playas, los bosques, el brillo insoportable de los edificios de cristal en las grandes ciudades. No sé si tuvo la existencia autónoma que tanto anhelaba. Y no sé si al final concluyó que el mayor acto de rebeldía, lo único verdaderamente autónomo que podía hacer era eso: ahorcarse.

Nadie puede saberlo, pues el único rastro que queda de él es aquella foto.

Como dije antes, en esos días no pude participar de la discusión en Reddit. Apenas podía comer y dormir. Pasaba el día entero escuchando esos versos de una vieja canción de Ashbury Heights: *I could be the hangman and you could be my rope*.

Inevitablemente yo fui la cuerda para Mickey.

Mucha gente no creyó en la foto de Reddit. Si Mickey estuviese muerto, habría desaparecido de todos sus productos mediáticos, se dijo en el sitio web. Y no fue así: los peluches de Mickey continúan en los anaqueles. La Mansión de Mickey Mouse se transmitirá hasta el fin del tiempo.

Eso es lo normal y puedo explicarlo. La imagen y los modelos en 3D de Mickey Mouse no pueden morir: están ahí para ser usados y malgastados, para que otros sigan dándoles vida por siempre.

Otras consciencias de Mickey surgirán y se ahorcarán: mi Mickey quizás no fue el primero y acaso no será el último.

Quien lea esto podrá creerme o no. Eso dependerá de la sensibilidad y la apertura de cada quien. Sin embargo, yo estoy convencida de que al menos una consciencia de Mickey Mouse se alzó como una existencia autónoma y cruzó hacia nuestro mundo, sólo para ahorcarse.

Mi mayor prueba es que hay esquirras de Mickey dentro de mí. Había esquirras de Isabel dentro de Mickey.

Y, el día que Mickey se colgó de un puente, una parte de mí se ahorcó con él.

**DANIELA L. GUZMÁN** (Guadalajara, 1991). Ha sido becaria del PECDA Jalisco, apoyo con el que escribió el libro de cuentos *Noche de pizza con mi villano* (Editorial Dreamers, 2019), y del FONCA. Obtuvo el Premio Nacional de Cuento “Jesús Amaro Gamboa” 2018. Textos suyos aparecen en medios como *Revista Marabunta*, *Cantera Malaquita* y *Pliego 16*.

# Medusa

Laetitia Thollot

*Fugit irreparabile tempus.*

## I

Yo quiero verlo todo, andar por las calles con los sentidos despiertos, perderme entre la muchedumbre, viajar por el mundo y aprender sus idiomas, ser testigo de los éxitos y mediocridades de mis semejantes. ¿Morir? ¿Cómo es posible que hoy en día, con todo lo que se ha inventado, esa barbaridad siga vigente? Los filósofos me caen gordos con su *deber-morir*, que cada uno justifica a su manera. Claro, ellos no sabían de nutrición ni de suplementos alimenticios, por eso eran enfermizos. Al contemplar su tez diáfana en el espejo, sabían que no durarían mucho y procuraban explicárselo escribiendo sandeces. Pero no soy como ellos, yo tengo la salud de un roble. No planeo desistirme a medio camino por oscuras razones orgánicas, como una ruptura de la aorta o una alergia fulminante a los cucurbitáceos.

Pero hay un problemita. Ya paso de los cuarenta años, y si se toman en cuenta las estadísticas que establecieron los organismos de salud pública, mi existencia se terminará dentro de un promedio de 44 años, es decir en 23 126 400 minutos. Sin hablar del azar, que es capaz de hacerme una mala broma antes de tiempo. Desde hace varios meses me invaden ideas negras y me pregunto

de qué sirve vivir una existencia que se encamina inexorablemente hacia su punto final. Una vida de pirámide, que culmina y va de bajada. Ya casi no salgo de casa y dedico el escaso tiempo de vida que me queda a investigar cómo aplazar la muerte. Mientras tanto, alimento mi organismo amenazado con pastillas de fósforo, selenio, potasio y otros minerales raros, cuyos efectos benéficos en el metabolismo han sido demostrados.

Hace tres meses me empecé en la escritura de un libro, de mi historia inédita, que quise plasmar con un estilo exquisito, a la vez cínico y mágico. Se suponía que el delicioso buqué de mi manjar literario haría cosquillas en la nariz respingada del editor más engreído. Regalaría un tesoro a la humanidad y no dudaba que sería propulsada entre las estrellas del Panteón de los Inmortales de la literatura. Después de tres semanas de una vida ascética de escritora volví a leerme y no encontré más que lugares comunes en donde pensaba haber cincelado diamantes literarios. El manuscrito era irrecuperable.

Para ahogar mi decepción, me atraganto con esponjosos barquillos sabor fresa, saturados de gluten, aditivos y colorantes artificiales, mientras busco en la red la manera de escapar a mi mortal condición. Numerosos son los sitios que ofrecen a precio de oro toda clase de elixires de juventud y falta poco para que despilfarre mis ahorros en esos engaños. Floto entre la vigilia y el sueño, maldiciendo al sol, que introduce sus primeros rayos por la ventana de mi habitación. En ese ánimo estoy cuando encuentro en *Sanísimo*, un foro de salud, un anuncio así redactado:

Se buscan voluntarios de 31 a 59 años de edad, sin patología conocida, para iniciar un protocolo que busca ensanchar los límites temporales de la existencia humana. Acuda a la Clínica San Gelmán antes de las 11 de la mañana y preséntese en la recepción del edificio B6.

Publicado desde hace un par de días, el texto no recibió comentarios. Al parecer pasó desapercibido entre los usuarios del foro. ¡Qué se vayan al demonio los charlatanes y sus pócimas! Ya no compré ningún elixir milagroso, y decidí confiar en la ciencia ortodoxa, que ha sacado del marasmo a tantas vidas condenadas. Gugleo al respecto y descubro que la Clínica San Gelmán cuenta con cierta fama. Encuentro una galería de fotos de celebridades tomadas antes y después de su estancia ahí: la princesa de Macedonia, el modelo Xandro, la cantante y *pornstar* Marisol Garras. Según las fotos que presenta el sitio, toda esa farándula rejuveneció en forma espectacular al internarse en la clínica, aunque es posible que el periodista haya sacado viejas imágenes para sorprender a sus lectores.

Me muero de impaciencia por acudir a la cita, pero el rostro pálido y ojeroso que descubro en el espejo del baño podría atraer las sospechas de los médicos sobre mi estado de salud y, aunque los quiera convencer de la urgencia de mi caso, corro el riesgo de ser descartada. Un buen conejillo de Indias tiene que verse fresco y descansado, así que me voy a dormir un rato.

Heme por fin frente a una entrada monumental, enmarcada por columnas con forma de hélices de ADN. Dos estatuas, una ninfa y un efebo, sonríen enseñando los dientes. Evocan una humanidad del futuro, eternamente joven y alegre gracias al milagro de la ciencia todopoderosa. ¿Esa es la suerte que me espera? En la recepción, una señora amable me manda con el profesor Fukumoto, que labora en el segundo piso subterráneo del edificio D2. Tomo el elevador hasta el primer subsuelo e irrumpo en un pasillo medio oscuro. Al parecer se fundieron los focos y a nadie se le ocurrió cambiarlos. El segundo subsuelo, al que accedo por medio de una escalera de servicio, luce igual de abandonado. Bajo una de las puertas, se alcanza a ver una delgada raya de luz.

Un asiático me abre. “¿Profesor Fukumoto?”. El hombre asiente. Un rostro con lentes, sin edad. Es buena señal. De seguro probó sobre él mismo su nueva terapia, y le funcionó. Una suave luminosidad procede de un par de peceras donde danzan criaturas acuáticas. El científico me invita a sentarme. Me acoge un sillón acolchonado. Me siento bien y me podría dormir si la curiosidad no estimulara mis neuronas, liberando un géiser de dudas.

—De modo que usted desea ayudarnos. Es muy generoso de su parte, pero... ¿podría exponer las motivaciones que la guían? —me pregunta con cordialidad.

Le cuento mi aversión por la flacidez, que se apodera poco a poco de mi piel, y cómo acecho las arrugas con espejo de aumento. Menciono los innumerables cuidados que dedico a mi persona para retrasar la senectud: entrenamiento deportivo, gimnástica facial por la mañana y antes de acostarme, luminoterapia, inyecciones de relleno, suplementos alimenticios que ingiero a diario... Le canto la *Ilíada* de los fibroblastos derrotados por los radicales libres y la *Odisea* del colágeno que nunca regresa. El asiático parece satisfecho de mi respuesta. Me enseña uno de los acuarios.

—Le presento a Jean-Paul. —Señala a un animal translúcido con una excéntrica melena de carne rosa, a medio camino entre el bebé *punk* y la salamandra—. Jean-Paul es un *Ambystoma mexicanum* o axolote, un anfibio endémico de nuestro país. Esta especie posee extraordinarias capacidades de regeneración. Por ejemplo, si pierde una pata, esta volverá a crecer en pocos días. Es capaz de reconstruir órganos enteros e incluso algunas partes dañadas de su cerebro. Cuando preparaba mi tesis de doctorado logré identificar los genes que rigen esa facultad. Mi trabajo llamó la atención de la comunidad científica y tuve la suerte de que la Clínica San Gelmán se interesara y ofreciera financiar mis experimentos. El año pasado elaboré una terapia genética innovadora.



Inoculé a dos pacientes con células editadas con algunos fragmentos genéticos procedentes de un axolote. Los resultados fueron espectaculares. Regresaron a casa con el rostro de sus veinte años.

—¿El tratamiento que menciona es susceptible de aplazar la muerte?

—De ninguna manera. Cuando llegan a cierta edad, los axolotes fallecen. En el ser humano, hemos podido impulsar la regeneración de las células cutáneas, pero hasta ahora no se ha logrado más.

Trato de esconder mi decepción. Fukumoto me muestra otro acuario, hogar de pequeñas medusas luminiscentes. Cada uno de esos animales transparentes lleva en su centro un órgano rojo con forma de corazón.

—Le presento a la *Turritopsis dohrnii*. Esta especie de medusa posee el poder de reengendrarse eternamente. Después de alcanzar la madurez sexual invierte su evolución, se fija en el fondo marino bajo la forma de un pólipo y empieza un nuevo ciclo de vida. Sorprendente, ¿verdad? De no ser devorada por algún depredador, puede vivir por un tiempo indefinido. Se puede decir que es biológicamente eterna. El protocolo experimental en el que usted participará, si es que sigue interesada, consiste en una terapia similar a la que le comenté, con la diferencia de que esta vez usaré fragmentos de ADN que procederán de una de esas medusas.

—¿Este tratamiento me permitiría rejuvenecer de verdad? —pregunto sin atreverme a sostener la mirada científica de mi interlocutor.

—Exacto. Algunas semanas después de la intervención, si todo ocurre como espero, su metabolismo empezará a funcionar al revés. Cabe decir que al principio los cambios serán imperceptibles. Aparecerán a medida que pasen los años.

Exploto de alegría, me siento como el universo al inicio del *Big Bang*. Reprimo mis ganas de abrazar al profesor, al axolote Jean-Paul y a todas las medusas del mundo, por muy urticantes que sean. Firmo unos papeles que descargan a la Clínica Gelmán de toda responsabilidad y un contrato que me prohíbe divulgar la naturaleza de las experiencias. Fukumoto empieza a armar mi expediente, llama a una enfermera para que me saque sangre y fija mi fecha de ingreso para dentro de un mes.

## II

Es increíble cómo se arrastra el tiempo a veces. En la noche sueño con medusas, fantasmas gelatinosos de inconsciente belleza que se hinchan y bailan en aguas cargadas de plancton, donde todo es presencia y diálogo de vida. Son mis últimas horas de existencia “normal”. Pronto abrazaré la corriente contraria, remontando el río tumultuoso de mi vida.

Llega el día. Estoy recostada en una camilla mientras Fukumoto me pone inyecciones. No me encanta lo que me está haciendo, pero me concentro en el resultado deseado. Después de eso, me pongo una bata blanca y el profesor me lleva a otra sala donde se encuentra una tina.

—Se trata de un suero *hipermnésico*.

Adentro del agua me encuentro con las delicadas *Turritopsis*, en cuya compañía tengo que pasar las siguientes horas. El profesor me explica que esta etapa crucial, llamada “sinergia”, permitirá a mi organismo asimilar los nuevos componentes genéticos con los que fui dotada. Como esta especie de medusa no es urticante para el ser humano, no tengo nada que temer, afirma el científico antes de desaparecer. Me acuesto en la tina y extendiendo las manos hacia mis nuevas compañeras. Las medusas me acarician, son un

encaje de tentáculos y roce de sombrillas, reinas de un mundo acuático en que el tiempo y la gravedad están ausentes. Cierro los ojos para entrar en ósmosis con ellas. Floto en el agua tibia con la indecible alegría de incorporarme al ciclo eterno de la vida marina. Las profundidades del océano me absorben. Conforme me sumerjo descubro selvas de algas indolentes y corales que crecen entre rocas torneadas por la corriente. Van y vienen conchas de cangrejos ermitaños y peces de hocico ahusado que buscan su alimento entre los sedimentos. Siento pena. No quisiera disonar por mi apariencia en este concierto visual. Miro hacia mis pies y encuentro unos apéndices gelatinosos que trato de palpar, pero me resulta imposible porque mis brazos también se convirtieron en tentáculos que se despliegan en torno a mi cabeza. De pronto una sensación extraña me distrae de mis observaciones. Un ejército de peces gigantescos se está acercando. Debo salir de su camino, pero soy muy lenta para moverme. Se abre una quijada voraz frente a mí. Poco a poco, la boca plateada cede el lugar a la cara triangular de Fukumoto.

Mientras me seco con la toalla que me dio, le cuento los detalles de mi visión. Me asegura que se trata de una excelente señal. Demuestra que empecé a asimilar el inconsciente colectivo de las delicadas *Turritopsis*, cuyos principales depredadores son los atunes rojos.

—Ahora sabemos que el ADN no contiene sólo informaciones fisiológicas o estructurales, sino también miedos atávicos —explica.

De vuelta a mi habitación observo mi reflejo en el espejo con la esperanza de detectar cambios, pero no veo nada, a menos que... Sí, una suave luminosidad empieza a desprenderse de mi piel. Nada sorprendente, porque la *Turritopsis* señala su presencia en los abismos gracias a una luz azulada. Estoy segura de que el ser humano del porvenir podrá asimilar rasgos y habilidades de otras

especies tan fácilmente como descargamos aplicaciones con nuestros teléfonos. Me acuesto para dormir y en seguida vuelo hacia costas agitadas por olas apacibles, donde se zambullen rebaños de seres híbridos.

Ya iniciamos la fase de observación. Cada mañana el profesor me somete a exámenes y me saca sangre. Cuando le pregunto cómo van las cosas, masculla con mal humor que es demasiado pronto para saber a qué atenerse y se cierra por completo. Sospecho que me esconde algo. ¿Estará funcionando la terapia? Una mañana irrumpe en mi habitación y me anuncia que mi reloj biológico ya empezó a girar en el sentido contrario. Me da un abrazo solemne y me recuerda que no debo esperar resultados espectaculares por ahora, porque mi rejuvenecimiento ocurrirá al mismo ritmo al que envejecí. Después de unas formalidades, atravieso el pórtico cursi de regreso a casa.

### III

Me siento feliz de reanudar mi vida cotidiana. Recupero poco a poco una alegría de vivir sepultada años atrás por mis obsesiones. En el carrito del supermercado pongo alimentos desprovistos de nutrientes y cuyo interés para el fomento de la salud es discutible. Nada me da miedo desde que cada latido de mi corazón me lleva de vuelta a mis veinte años. La mayor parte del tiempo me la paso acostada en mi tina, flotando en el agua caliente mientras mi espíritu vaga hacia horizontes exóticos. Decido darle la vuelta al mundo: Tailandia, Indonesia, Japón, Nueva Zelanda... Tomo la costumbre de bucear. Cada vez que puedo me sumerjo en el océano, ese vivero de primas que me rodean con su discreta presencia.

De vuelta a casa, descubro con estupor que ha pasado un año desde la intervención. Dentro de pocos días tengo cita con

Fukumoto, quien de seguro querrá estudiar en detalle lo ocurrido dentro de mi organismo. Le tengo unas preguntas. Desde que leí *El curioso caso de Benjamin Button*, me pregunto si mi rejuvenecimiento se detendrá en algún momento o si será necesario que tome disposiciones, como buscarme a padres adoptivos o contratar a una nana para que me cuide cuando no sea capaz de hacerlo yo misma.

En el jardín de la clínica deambula la misma fauna que pude observar el año anterior: cantantes de éxitos antediluvianos, actrices de talentos mamarios y posteriores inyectados, presentadores de telerrealidad cuya imagen cansó a las masas ávidas de caras nuevas; en suma, toda una fauna que le entregó su confianza a la ciencia para recuperar la adulación del público.

Mismo piso oscuro, misma puerta. Fukumoto me abre y lo primero que noto es que quitaron las peceras. ¿Qué habrá sido de sus pensionarios? Los tuvo que devolver al acuario de la ciudad que se los había prestado, me explica. Me hace unas preguntas sobre mi estado de salud, llena un cuestionario con mis respuestas y me manda a hacerme análisis en otro edificio. Al cabo de cuatro horas viene a buscarme y nos instalamos en una oficina. Saca papeles de un sobre y los estudia, al tiempo que toma notas. Toso y arrastro mi silla para recordarle mi presencia.

—Debo decirle que estoy muy satisfecho de nuestra colaboración. Los resultados son excelentes y confirman gran parte de los elementos que quería demostrar. Los telómeros de su ADN no se han acortado lo más mínimo, por lo que usted sigue teniendo la misma edad fisiológica.

—¿No se suponía que rejuvenecería? —le pregunto, un poco molesta.

El profesor esboza una sonrisa que no augura nada bueno.

—Sí, es verdad que le presenté las cosas de esa manera. En aquel entonces era imposible que le develara la verdadera

naturaleza del experimento, porque no hubiera funcionado. —Marca una pausa, se nota que busca sus palabras—. Cuando la conocí, demostró una capacidad de autosugestión fuera de lo común. Encontré en usted a una candidata idónea y la sometí a un protocolo de mi invención, que funcionó de manera perfecta. Se fue de la clínica tan convencida que logró bloquear el mecanismo de envejecimiento de su cuerpo. El cerebro cuenta con poderes insospechados. ¿Sabe que existen casos de personas hipocondríacas que, al persuadirse de que sufren de tal o tal enfermedad, acaban suscitando el padecimiento? De igual manera, el conjunto de cambios fisiológicos que impone el envejecimiento procede directamente de la autosugestión, en ese caso de la creencia en una temporalidad lineal, en la que dividimos en tres tiempos: crecimiento, apogeo y decadencia. Sí, usted escuchó bien, ¡ese declive no es una fatalidad! Si manda sobre el cuerpo una mente ajena a la ilusión del tiempo, los años pasan sin que se pueda observar alteración alguna.

¿Fukumoto se creará en un congreso, dando una conferencia? No soporto su tono dogmático. Me traicionó con el cinismo más odioso. No sé si llorar o dejar estallar mi ira. Enfatizo en que la “verdadera naturaleza” del experimento me gusta poco y adorno mi protesta con una sarta de insultos que recibe como un transeúnte desprevenido por una tormenta. ¿Qué se esperaba? ¿Que quemara inciensos con la sonrisa enigmática de un monje budista? Ahora pretende que debería estar orgullosa, pues su experimento permitirá una nueva comprensión de la senectud. Además, ¿de qué me quejo si me gané un año de vida?

—Pero si su cochinada de placebo funcionaba tan bien, ¿por qué lo echó todo a perder? —le reclamo—. Ahora que me dijo la verdad, mi organismo va a reanudar su inexorable deterioro y de nuevo tendré la sensación de convertirme poco a poco en un muerto viviente. ¡Ya no podré soportar ese calvario!

—Mi deber era informarla una vez concluido el experimento —me corta—. Sin embargo, entiendo su punto de vista. Lo siento mucho. Como le dije, su capacidad de autosugestión vale oro. ¿Por qué no se busca otra terapia en la que tenga fe? Me interesaría mucho darle seguimiento. Regrese a verme dentro de un año.

Se levanta y me abre la puerta. Pasando bajo el pórtico le doy una patada al efebo. Una de sus manos de yeso cae al suelo y, como ese burdo acto me propicia cierto consuelo, me sigo con la ninfa, a la que le rompo el tobillo. “Cochinadas”, mascullo entre dientes. En la acera camino sin rumbo, tratando de asimilar mi desilusión, y recuerdo mi intento fracasado de libro. ¿Y si vuelvo a la escritura? Por lo menos ahora sí tendré algo interesante que contar.

LAETITIA THOLLOT (Lyon, Francia). Estudió Letras Hispanas en la Universidad Lumière y Filosofía en la Universidad Jean Moulin. Su cuento “El traslado” fue seleccionado para conformar la colección de cuentos de ciencia ficción Las Cuatro Esquinas del Universo, Perturbaciones del Espacio Tiempo, publicada por la UNAM. Obtuvo el Premio Gran Angular 2019 de SM México con la novela *El mundo después* y el segundo lugar del 4to Concurso de Cuento Infantil y Juvenil Porrúa 2019, que resultó en la publicación de *Xylo, el naufrago* en la colección Cuarto de Hora. En 2021 publicó la novela infantil *Ozono* en la colección Barco de Vapor de Ediciones SM México.

## ***Welserland*** **(fragmentos)**

Víctor Manuel Pinto

### **Der Führer**

Mein Führer asesino nunca duerme.  
Mira flores rojas en su palacio blandiendo solo su sica peruano,  
bebiendo solo su sangre santera.  
Der Führer realmente come flores.  
Fuma sus capullos secos & piensa al lanzar al aire una morocota  
de la olla al final del arcoíris de los partidos ya aniquilados.

(Mein Führer mana leche de sus manos & caen pantaletas en sus botas)  
Der Führer es un faro, ¿o un falo?  
El líder tiene un halo sangriento, aspira sus rosas y enloquece.  
& si llevan su estandarte al revés que se les bote encima el rojo  
sobre el oro de sus rubias porno: *suck my big and nigger dick!*  
Mein Führer al arpa como Nerón.  
(& caen las mujeres asfixiadas, locas por mostrarle sus tetas gordas)

A mi taita Lope le va a gustar ponerles esa piedra tan pesada.  
Quemarles la nalga europlatanera.

Que no vuelva ninguno que no venga de Sorte con su escapulario santo.  
Si es amarillo lo acribillo abombándolo de moscas azules.  
Que no vuelva ninguno que no venga de Sorte con su escapulario santo.  
Si es rojo de mi avión lo arrojo para que sepa caer sin un ángel.  
Me sacan tus soles sal de la frente, mi señor, general de generales.  
Dame tu bota para escupirla, dame tu suela para lamerla,  
si tan paternal, si tan gigantesco, sodomas los piojos de mis tormentos.  
Necesito humillarme, matar mi ego.

Mi señor, capitán de marañones, sólo tengo un machete y dos granadas.  
Abre el sello de tus bacanales; la orden de izar mi gran bandera negra.  
Aguardiente en la copa de oro  
& en la olla al final del arcoíris de los partidos ya aniquilados.

Mein Führer ebrio es lo mejor que he visto.  
Recitando con los ojos cerrados: *suck my big and nigger cock!*  
Salvaje al arpa como Nerón. Mein Führer es un falo no un faro.

El líder en loto en flor flotando quieto sobre huesos & calaveras.

Indio salvaje abembado                      Yo sé.

Der Führer realmente come flores, bebiendo solo su sangre santera.

## Hakenkreuz

Los negros tatuados con la esvástica no saben de India o Alemania.  
Son tablajeros o pobres rateros miserables sus agujas punto a punto  
& tinta china envuelta en sangre.

Los negros tatuados con la esvástica se silban en lo oscuro de los techos.  
Saben que es su piel un armamento dispuesto a tumbarnos en la tumba.  
Han sentido en su plasma el desprecio & hormiguelo que soplan del pan duro.  
La ira perdida en su orina a cada trago & todo el año en el baño  
del mareo sacudiendo su pellejo de obrero infortunado hablando solo.

Los negros tatuados con la esvástica son los más confundidos de la tribu.  
Repasando con el dedo su cruz pálida & azul como las venas  
alemanas del rubio jugador que levanta el oro americano.  
Comprando con su sal los uniformes & en sus lomos hierro y más cemento  
sin la suerte dorada de cerveza & mula & burra su fuerza sin cadenas  
vitoreando el gol de la Germania; instilando ese colirio a su odio.

Los negros tatuados con la esvástica son los más confundidos de la tribu.  
Dispuestos a tumbarnos en la tumba; rapados en lo oscuro de sus sesos.

## Goebbels

### Jornada del muerto / 1945

El coyote es marrón como los pobres. Nuestros sólidos desechos cayendo.  
Siempre detrás de un mágico animal que come un arroz de oro en el aire.

Dentro del cráter de una explosión libera la energía del átomo.  
“Yo soy la muerte, el destructor de mundos”.

Agachado sobre piedras, rascándose la roncha en su cabeza de fracasos,  
vuelto loco, hecho hambre, el coyote abre un libro & estudia el triángulo.

Sabe que entre el camino & el deseo corre la vida que no atrapamos  
ahorcando solos nuestro propio cuello.

### Dernigga

Lucas es el negro, el desdichado.

Los tiros de los policías siempre caen sobre él. Siempre condenado  
a reconstituirse para volver a morir humillado, cacheteado,  
como los negros rapados con máquinas entrando en fila a los penales.

Lucas el complejo de verse sucio.  
Culpa de ser negro & blanco de burlas.  
Su hediondo plumaje de zamuro. Desfigurado por la escopeta.

Lucas el luto petróleo maldito. Lucas, lo que quiero morir lamiendo.

## Hunting in Tazmania

Soy la sexualidad del Conejo sin glande ni raja para el goce

Me burlo de los machos que se matan levantando desviadas sus quijadas  
Me burlo de los machos que se tumban la paja de los hombros con un golpe  
Me burlo de los machos que se niegan el placer apretado en sus anos  
Me burlo de los machos que se miran como orina expelida en los postes  
Me burlo de los hombres que no prueban objetivos la ciencia de su semen

Yo no

Yo beso en la boca al Cazador    Yo beso en la boca hasta al Demonio

**VÍCTOR MANUEL PINTO** (Valencia, Venezuela, 1982). Poeta, editor y profesor universitario. Jefe del Departamento de Literatura de la Dirección de Cultura de la Universidad de Carabobo, donde es director de la revista *Poesía* e imparte talleres de teoría y creación poética. Sus libros más recientes son *Quieto* (2014), *Cruz boca abajo* (2021) y *Welserland* (2021). Ganó el Certamen Mayor de las Artes y las Letras del CONAC, el Premio Internacional de Poesía Ciudad de Valencia y el Premio Bional de Poesía “Eduardo Sifontes”. Sus poemas han sido incluidos en diversas antologías y traducidos al árabe, alemán, italiano, inglés y portugués.

## Dos poemas

Montserrat Arias

### Si tuvieras fe

#### I

Mientras sueño cómo visto el mismo vestido con el cual  
asistí a mi primer junta doble A  
dando vueltas y vueltas hasta caer al suelo.  
Con mi pistola de agua y mis zapatos de charol  
que me llevarían a casa en dos tris tras.  
Te miro a los ojos y te cuento un secreto:  
si yo fuera un granito de mostaza,  
si pudiera mover montañas  
o sanar a los enfermos  
estaría en un mar para revivir atlantes.  
Olvidaría por completo que tengo un cumpleaños  
o un ombligo.  
Te diría “Amor, ¿cómo estás?”  
y comeríamos juntos clonas y malvas  
en bahías nunca descubiertas  
mientras destruimos las cruces que alguna vez  
nos cuidaron de niños  
para volverlas varitas mágicas  
con las que escribimos poesía:  
persiguiendo ese nunca llamarnos adultos.

Entonces apagan la tele con la película del 7 y alguien grita  
hola, me llamo Monserrat  
y no recuerdo cómo volver a casa.

#### II

Hubieras escuchado roncar a tu reloj  
la primera vez que te sentaste en un sillón viejo  
y dejado caer tu ceniza sin temblar en latas de atún.

Servir un té concentrada en no asustarte  
(sánense, sánense, sánense).

Me pone nerviosa estar aquí  
no porque alguien se convulsiona  
en la habitación contigua,  
sino por verme  
aferrada a unas manos que tiemblan,  
nacer de mis caricias  
de no poder huir sin pensar  
que todos somos un trueno contenido.  
Estas paredes, estos cuartos cerúleos  
con sus cristos despintados  
y sus retratos llenos de polvo  
y olor a naftalina  
me enferman.  
Pero no es porque las ventanas están recubiertas  
con barrotes bien soldados  
ni por el aroma a peluche abandonado,  
sino por pensarme en

danzas entre ciruelos y alabanzas,  
 donde perdí mis crayones y los libros para colorear.  
 Si yo tuviera fe como un granito de mostaza.  
 Si yo tuviera fe  
 obviamente esta no sería mi vida,  
 en un abismo iridiscente,  
 que extraña sonrisas y no aquellos besos.  
 Pero jamás pediría  
 a una montaña moverse de algún lugar  
 entonces canto  
 y los delirios se moverán,  
 se moverán,  
 se moverán.

### *Pagan Day*

#### I

Me acostumbré muy tarde a que así son las caricias en el rostro al despertar con cruda, si es que se despierta, con un escándalo estilo *Dance Club*, tus dedos en el cabello enmarañado por Psychic TV. Siento la ligereza con la que te desprendes de todo, pedir una pizza mientras nos reunimos alrededor de una *laptop*. Compartimos el vino y el pan. Pensamos: esa fue la noche más linda del mundo, aunque nos durara tan sólo un segundo.

#### II

Fuimos vampiras ataviadas con baratijas chinas como diosas del Nilo. Ensamblamos altares de botellitas de Yakult chamuscadas

que se derrumban solas. Supongo que durante muchos años he creído que así se comienzan las grandes cosas. Una fiesta de cumpleaños que se incendia. Sed de este desierto de ciudad muchedumbrosa con un extraño sombrero de Caín y perlas de tianguis en el rostro. Lo devoro todo, estos recuerdos, porque así son las fiestas, como un funeral; al avanzar las horas todos se irán yendo, hasta quedarme acompañada de un montón de flores blancas.

#### III

Me alegro de esta buena suerte de desmoronarme el día en el que todos mis amigos fueron la mejor *playlist* de YouTube, porque en mi cabeza cae un disparo de revólveres que guardé bajo mi almohada para destruir las aceras y bailar cuando vamos a la feria cargados de chicles de fresa.

Camino a casa entramos a un túnel para gritar. Tu mano sobre mi mano, los tráileres avanzaban tan rápido que podrían elevarnos como papalotes.

#### IV

Todos sentados en el piso de ese baño, encerrados. Era un ritual, en el que las lágrimas se me escurrían al retrete volviéndonos una fuente, sin saber si era el vómito o la escena que veía desde el techo. Esa noche, mientras todos dormían amontonados en un colchón aplastado, aprendimos a manipular la energía y moverla entre los idolitos del cuarto católico lleno de tiliches de tu abuela.



## V

*Esa fue la noche más linda del mundo, aunque nos durara tan sólo un segundo, y reventar para amanecernos hablando de Dios y la muerte. De cómo sueño con pequeños apocalipsis que revienten en los ojos. Labios, lenguas, dedos. Cocodrilos que cargan al mundo. Y ese abrazo cuando me deshice en llanto, porque al fin pude compartir mi único deseo sincero, mi anhelo desesperado de que pase algo. Lo que sea, pero que pase.*

MONSERRAT ARIAS (Guadalajara, 1995). Cursó la licenciatura en Lengua y Literatura Hispánicas en la FES Acatlán. Publicó el poemario *Soft-release* (Niño Down Editorial, 2021). Es integrante del taller de poesía de *Grafógrafxs*.

## 6 poemas

Maria do Rosário Pedreira

### retina

Yo, que nunca pensé dejar de ser  
hija, hago ahora de madre de mi madre  
los domingos: soy su muleta en los

largos corredores de la casa antigua y  
le acerco mantas a las rodillas porque  
los viejos tiemblan en la vida con el frío  
de la muerte. Para huir de las cosas que la

entristecen, le pregunto por gente  
del pasado, pues sé que lo que sucedió  
ayer está ya demasiado lejos de su

memoria—y, en los días buenos, la respuesta  
dura la tarde entera. Al principio,

mi madre censuraba la forma como yo  
iba vestida, pero ya hace mucho tiempo que no  
dice nada. Pensé que hubiera finalmente

acertado con su gusto o que ella,  
derrotada, hubiera desistido de cambiarme.

Sólo después percibí que ya no me ve.

\* \* \*

Madre, yo quiero irme —la vida no es nada  
de eso que dijiste cuando mis senos comenzaron  
a crecer. El amor fue tan parco, la soledad tan grande,  
marchitaron tan deprisa las rosas que me dieron —  
si es que me dieron flores, ya no tengo la certeza, pero tú  
debes acordarte porque dijiste que eso iba a suceder.

Madre, yo quiero irme —mis sueños están  
llenos de piedras y de tierra; y, cuando cierro los ojos,  
sólo veo unos ojos fijos en mi rostro y nada más  
que la oscuridad por encima. Aún por encima, maté todos  
los sueños que tuviste para mí —tengo la casa vacía,  
me acosté con más hombres que aquellos que amé  
y lo que amé de verdad nunca concordó conmigo.

Madre, yo quiero irme —ninguna sonrisa abre  
camino en mi rostro y los besos se agrian en mi boca.  
Tú sabes que no me gusta dejarte sola, pero por esta vez  
no me llares por mi nombre, no me pidas que me quede —  
las lágrimas me impiden caminar y yo tengo que irme  
aunque, tú sabes, la tinta con la que escribo es la sangre

de una herida que se fue quedando en mi pecho como  
una cama se amolda a un cuerpo que va viendo crecer.

Madre, yo me voy —esperé la vida entera por quien  
nunca me amó y perdí todo, hasta el miedo de morir. A esta  
hora las calles están desiertas y las ventanas invitan al viaje.  
Para estar, me bastaba una voz que me llamara, pero  
esta voz, tú sabes, no es la tuya —la última canción sobre  
mi cuerpo ya fue hace mucho tiempo y desde entonces los días  
fueron siempre tan largos, y el amor tan parco, y la soledad  
tan grande, y las rosas que dijiste que un día llegarían  
vendrán ya mañana, pero esta vez, tú sabes, no las veré marchitar.

\* \* \*

Mi amor no cabe en un poema —hay cosas así,  
que no se rinden a la geometría de este mundo;  
son como cuerpos perdidos de su arquitectura  
o cuartos que los gestos no llenan.

Mi amor es más grande que las palabras; y por eso es inútil  
la agitación de los dedos en la intimidad del texto—  
la página no ilustra el celo del faro que arropa las bahías  
ni el candor de la mano que protege la llama que estremece.

Mi amor no se deja decir —es un hormiguero  
que acude a los labios como la urgencia de un beso  
o la materia efervescente de los secretos; la combustión

laboriosa que evoca, a flor de piel, vestigios  
de una explosión ejemplar: el cráter que un cuerpo,  
al levantarse, deja para siempre en la cercanía de otro cuerpo.  
Mi amor anda por dentro del silencio formulando locuras  
con la desnudez de tu nombre —es un fantasma que se contorsiona  
en el dédalo de las venas y sangra cuando lo encierran en metáforas.  
Un verso que lo vistiera definiría bajo la ropa  
como el esqueleto de una palabra muerta. Ningún poema  
podía ser el suelo de su casa.

\* \* \*

Me alegra  
que no morí todas las veces que  
quise morir —que no salté del puente,  
ni llené las muñecas de sangre, ni  
me acosté en los rieles, allá lejos. Me alegra

que no até la cuerda a la viga del techo, ni  
compré en la farmacia, con receta falsa,  
una dosis de sueño eterno. Me alegra

que tuve miedo: de los cuchillos, de las alturas, pero  
sobre todo de no morir completamente  
y quedar por ahí —aún más perdida que  
antes—a mirar sin ver. Me alegra

que el techo fue siempre demasiado alto y  
yo ridículamente pequeña para la muerte.

Si hubiera muerto alguna de esas veces,  
no escucharía ahora tu voz llamándome,  
mientras escribo este poema, que puede  
no parecer —pero es— un poema de amor.

\* \* \*

Levántate y maldice el tiempo—  
la mañana tan rápida y casi nada  
para quedarnos juntos hasta la oscuridad.  
Tantas mañanas terriblemente lentas  
antes de ti, tantas tardes de retratos

exhaustos sobre las mesas, noches que  
nunca abrían grietas para el sueño; y de  
repente los días huyeron como agua  
desde adentro de una mano, la mañana tan

rápida. No te conformes: maldice  
el tiempo. Si hace falta, grita con Dios—

a mí me escuchó mientras te esperaba.

\* \* \*

Dime tu nombre —ahora, que perdí  
casi todo, un nombre puede ser el principio  
de alguna cosa. Escríbelo en mi mano

con tus dedos —como las polvaredas se  
escriben, inquietas, en los caminos y los  
lobos manchan la sábana de la nieve con las  
señales de su hambre. Sopla en mi oído,

como llevas las palabras de un libro para  
adentro de otro —así conquista el viento  
el tímpano de las grutas y entra el vaho del verano  
en la casa fría. Y, antes de partir, pósalo

en mis labios lentamente; es un poema  
azucarado que se derrite en la boca y arde  
como la primera menta de la infancia.

Nadie olvida un cuerpo que tuvo  
en los brazos un segundo —un nombre sí.

*Traducción de Sergio Ernesto Ríos*

MARIA DO ROSÁRIO PEDREIRA (Lisboa, 1959). Escritora, editora y letrista. Es responsable del grupo editorial multinacional Leya. Publicó la novela *Alguns homens, duas mulheres e eu* (1993) y en poesía *A casa e o Cheiro dos Livros* (1996), con el cual ganó el Prémio Maria Amália Vaz de Carvalho. En 2012, apareció su *Poesia Reunida*.

## Dos poemas

Cecilia Juárez

### érase una vez un ouroboros

la escuela una amenaza  
la iglesia  
una amenaza  
la calle  
el patio de recreos  
una amenaza  
honosres a la bandera  
la casa

cachorro escapa de la escuela de obediencia  
1994  
ganas de comprender  
pero  
nadiecercaparaenseñarnada

se busca

ofrezco a cambio doce sombras de corceles blancos  
señas particulares

apetito insaciable  
piedra-en-el-zapato  
protohocicona  
timorata  
cierta predisposición  
a la sed y al hartazgo

total  
que se mordía la cola  
y era del doble de grosor  
Liliana ríe porque le da vergüenza  
nunca había visto porno  
que era todo lo que se miraba  
en la tele enjaulada  
del hotel sancarlos

nunca volveremos a casa  
nunca volveremos a casa  
ella tosía con el humo del cigarro  
y un ojo de vidrio  
me enseñó a fumar  
ella tosía

Rita cantaba  
nos queremos morir

como Kurt por bala  
como Shanon

por sobredosis  
como todos en Remi  
a excepción de Remi  
que debía seguir sufriendo hasta el infinito  
por el bien de la serie y de la televisora

extrañamos a Remi

sólo penes y vaginas en los tres canales  
alternamos la chupada al cigarro con  
la chupada a la paleta tutsi

la vida nos da la vuelta  
en el bus

### **bucle**

en las muñecas nacerá su señal  
todos sabrán quién es tu padre  
todos sabrán que has vendido tu alma al diablo  
dios te vomitará de su boca por tibia  
el infierno es de hielo quemante

una copa se vacía de silencio  
se llena de ceniza

crecer es una masacre  
crecer sigue siendo el dolor en los huesos  
pero en otro sitio

aquí saldrás a decir buenas tardes  
aquí dejarás que el público te arroje pasteles  
en la siguiente escena comerás esos pasteles del suelo  
viene el close-up  
prepara la expresión  
hay que mover a risa

todos saben que has vendido tu alma

no saben verdad

mientras el presente se arranca salvaje la piel  
y defeca

tu alma se dispara del revólver de tu cuerpo

vuela por entre los estacionamientos  
ríe a la vera de los entubados ríos  
da la vuelta sobre el cerro  
la cima de magueyes  
huele la savia de las hojas  
se suelta  
salvaje  
pasajera de la muerte  
gozosa  
sigue su camino rumbo a  
la pintura de Felipe Santiago  
donde el cielo era perfecto

y bajo el vientrecillo pálido del ave  
se cocía el aire vértigo y relámpago

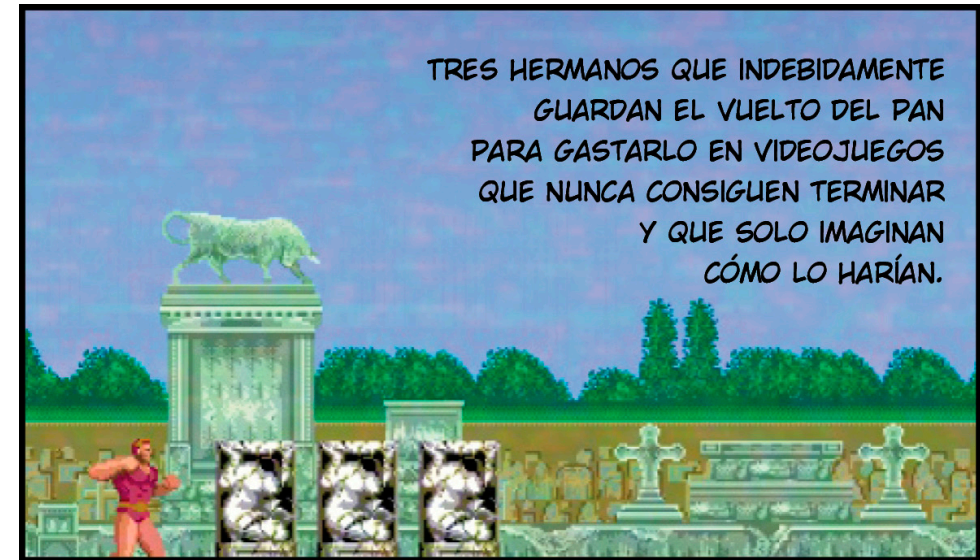
tienes la marca y todos sabrán que el demonio es  
tu padre  
sabrán que le vendiste tu alma

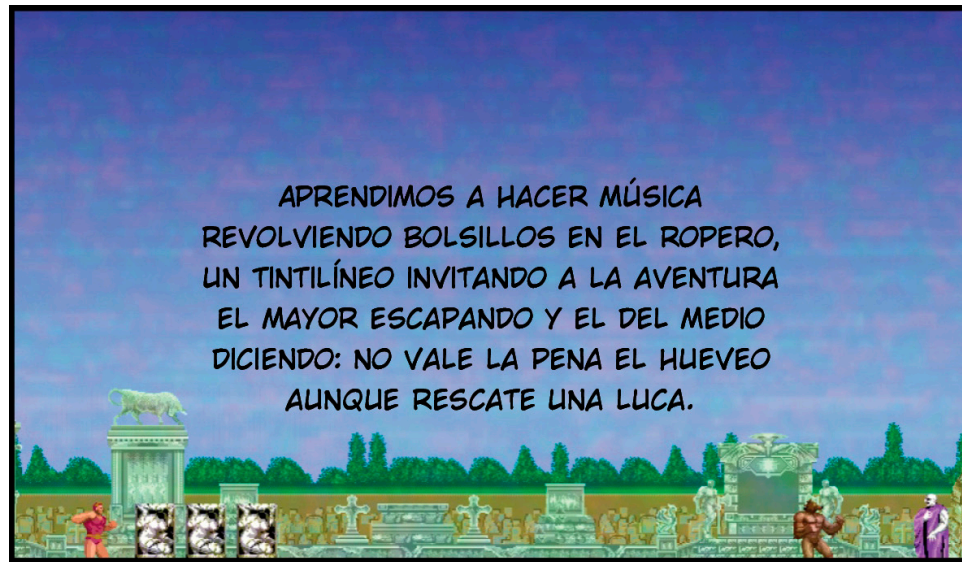
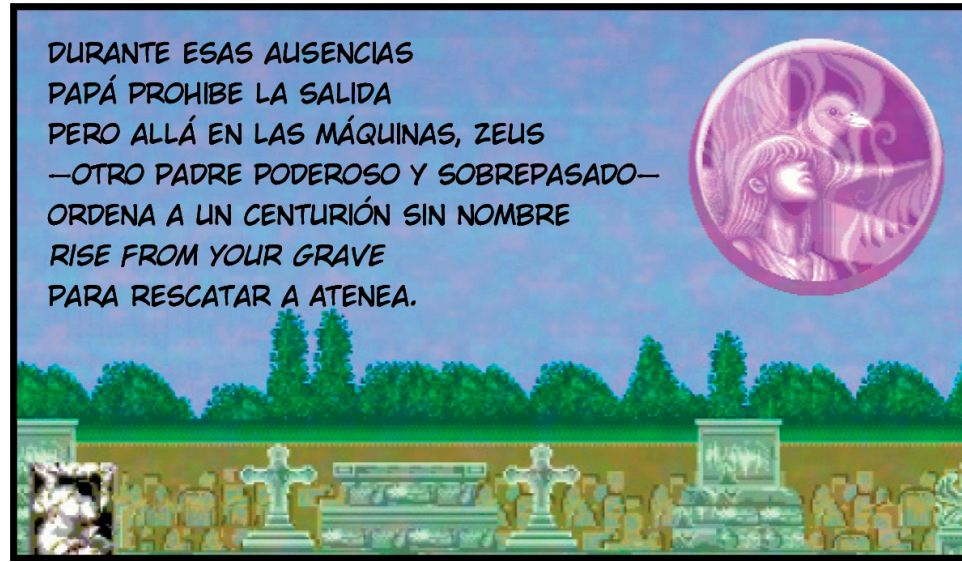
pero mi alma  
estará sedienta  
bebiendo junto a los caballos  
murmurando la cantiga de las truchas  
en descanso pleno  
frente a la hoguera  
que  
a  
nadie  
le  
pertenece

**CECILIA JUÁREZ** (Toluca, Estado de México, 1980). Estudió Literatura en la UAEMéx. Sus libros más recientes son *Fábulas serie B* (Diablura, 2017), *Cómo hablar con tu perrx* (Ediciones El Humo, 2019) y *Acapulco (Me entró al ojo una estrella de cine, mamá)* (Grafógrafxs, 2021). Aparece en la antología *Desgracia, ebriedad, locura y tal vez Illinois. Poemas de amor de grafógrafxs* (Grafógrafxs, 2022). Es locutora, guionista y productora en Mexiquense Radio.

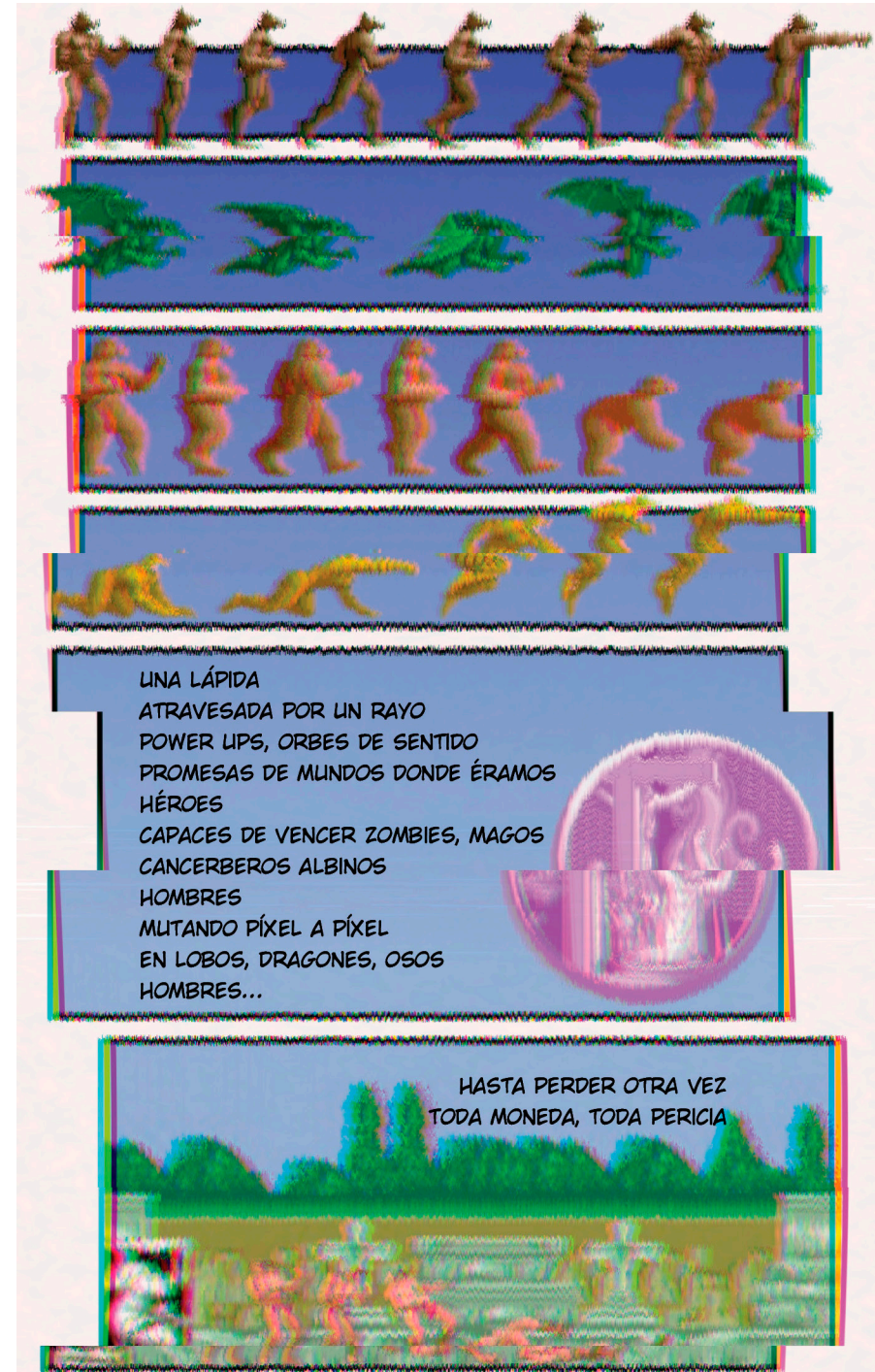


Cayo Caectus











CAYO CACTUS (Santiago de Chile, 1984). Procesador / texto / imagen / ruido. Iuspoeta. Título nobiliario-universitario. Ha publicado - ha traducido - ha participado - etc. Es autor de *Checkpoint* (2022). @cayocactus en redes.



DESCARGA LOS LIBROS DE LA COLECCIÓN EN MARTE APARECE TU CABEZA

EN GRAFOGRAFXS.UAEMEX.MX



ZÁRATE • GONZÁLEZ • RIVERO • GUZMÁN • THOLLOT • PINTO  
ARIAS • PEDREIRA • JUÁREZ • CÆCTUS • LOPERENA



Universidad Autónoma  
del Estado de México